

**CARTOGRAFÍAS NARRADAS: ANÁLISIS DE LOS ESPACIOS DESCRITOS EN LA
*OTRA RAYA DEL TIGRE DE PEDRO GÓMEZ VALDERRAMA***

YESSICA ANDREA CHIQUILLO VILARDI

TRABAJO DE GRADO

Presentado como requisito para optar por el
Título de Profesional en Estudios Literarios

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
Facultad de Ciencias Sociales
Carrera de Estudios Literarios
Bogotá, 2015

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD

Jorge Humberto Peláez Piedrahita, S.J.

DECANO ACADÉMICO

Germán Rodrigo Mejía Pavony

DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE LITERATURA

Cristo Rafael Figueroa Sánchez

DIRECTOR DE LA CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS

Jaime Alejandro Rodríguez Ruiz

DIRECTOR DEL TRABAJO DE GRADO

Luz Marina Rivas Arrieta

Artículo 23 de la resolución No. 13 de julio de 1946:

“La universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por sus alumnos en sus trabajos de tesis, sólo velará porque no se publique nada contrario al dogma y a la moral católica, y porque las tesis no contengan ataques o polémicas puramente personales, antes bien se vea en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia”.

*A mi mamá, por su apoyo incondicional
y a todos aquellos que me acompañaron
en esta búsqueda literaria.*

*Quiero agradecer especialmente a Luz Marina,
quien me ayudó a que mis inquietudes hallaran un camino*

Tabla de contenido

1. INTRODUCCIÓN	7
Una breve reseña de la novela.....	8
Recepción crítica.....	9
Maneras de cartografiar en la narrativa.....	11
La temática del viaje	13
Espacios abiertos/espacios cerrados.....	15
2. REPRESENTACIÓN DEL ESPACIO GRANADINO	16
Los albores de la cartografía: una manera de pensar el espacio y dominarlo	17
La importancia de las expediciones	19
Teorías del clima: modos de elegir la tierra apta para vivir	22
Alegato contra el mosquito y la tierra caliente.....	26
La Comisión Corográfica de la Nueva Granada: una lectura de las láminas	29
La fiebre de la quina	32
Humboldt y su idea de América.....	34
3. ESPACIOS ABIERTOS	39
Las selvas granadinas: reino del tigre y del indio	39
La insularidad de la selva versus la idea de progreso	43
El lado oscuro del progreso.....	46
El río Magdalena.....	50
Otras zonas de contacto.....	52
4. ESPACIOS CERRADOS	54
Un paréntesis más: dos imágenes de reclusión	54
De la casa de comercio a los hogares santandereanos	56
Espacios de la intimidad: la casa.....	61
Una arquitectura íntima.....	62
Castillos autónomos	66
Espacios sadianos.....	67
Estatuas insufladas de vida	70
5. CARTOGRAFÍAS DEL DESEO	73
El viaje del piano	74
El viaje de Francisca y Lengerke en coche	76

El viaje de Leocadia.....	78
Puerto Infantas	79
6. CONCLUSIONES	81
7. ANEXOS	84
8. REFERENCIAS.....	88

1. INTRODUCCIÓN

Hace más de dos años conocí *La otra raya del tigre*. No fue uno de aquellos libros encontrado por error en algún estante olvidado de la biblioteca; al contrario, estaba incluido en el programa del curso de narrativa colombiana al que asistí en aquel entonces. Sin embargo, era mi pequeño descubrimiento como lectora. No podía creer el hecho de que, hasta ese momento, había ignorado la obra de uno de los cuentistas más destacados de Colombia y de Latinoamérica. Recuerdo mi fascinación cada vez que aparecían nombres de lugares que me eran íntimamente conocidos. Era como si volvieran a nacer, con aquel don alucinante de una vida literaria. También recuerdo que, paralelamente a Geo von Lengerke y a las guerras civiles del XIX, sentí que los espacios y objetos eran también protagonistas, pues no son descritos como un simple telón de fondo. Encontré muy pocos estudios críticos que hablaran al respecto; y fue así como delimité el tema de mi tesis. Mi propuesta de lectura consta de dos ejes centrales: 1) las funciones de los espacios y objetos presentes en la novela en su relación con los personajes; y 2) cómo se trazan, a través de los desplazamientos de los personajes y los objetos, cartografías que van en contra del estatismo de los mapas oficiales.

Dichos ejes temáticos están estructurados de la siguiente manera: en el capítulo ‘Representación del espacio granadino’ hablaré sobre la cartografía y los discursos científicos del XIX que estaban inscritos en el imaginario de la nación granadina. Me fueron necesarias algunas reflexiones teóricas de Vladimir Montoya, Walter Mignolo, Mauricio Nieto Olarte y Alfonso Múnera. En el capítulo titulado ‘Espacios abiertos’ haré un análisis de las dinámicas de estos espacios a la luz de: Fernando Aínsa y su concepto de *insularidad*, Ernesto Volkening y su concepto de *anarquía tropical*, y Mary Louise Pratt, quien habla sobre las *zonas de contacto*, término importante para pensar las tensiones coloniales de los espacios abiertos. En el capítulo ‘Espacios cerrados’ usaré principalmente a Gaston Bachelard, Roland Barthes, Rafael Gutiérrez Girardot y Mario Vargas Llosa, quienes me ayudaron a pensar respectivamente en: el onirismo del que están impregnadas algunas casas, la influencia de Sade en la disposición de la hacienda Montebello, cómo la modernidad se refleja en el interior de los hogares y se exterioriza en las

calles; y la humanización de los objetos. Finalmente, en el capítulo ‘Cartografías del deseo’ analizaré, a la luz de Georges Bataille y Efrén Giraldo, cuatro viajes donde objetos y personajes se apropian eróticamente del paisaje.

Una breve reseña de la novela

Luego de una larga tradición de cuentos con escenarios europeos, Pedro Gómez Valderrama (1923-1992) decide hurgar su pasado y volver a su tierra natal: Santander. De aquel regreso surge en 1977 su novela *La otra raya del tigre*, que significó la ruptura con aquella lejanía geográfica que destacaba su narrativa:

Poco a poco, en los libros siguientes, esa lejanía geográfica desaparece, hasta llegar a América, y ya en mi novela *La otra raya del tigre* se llega al escenario colombiano del siglo XIX. No ha sido un propósito deliberado, sino más bien una evolución necesaria, de acuerdo con las etapas de mi vida. *La otra raya del tigre* es, ante todo, un regreso a mi región de Santander, a la tradición oral que recibí, a los paisajes que crucé y habité. (Gómez Valderrama, 1995, p 187-8)

La novela está dividida en ocho partes y consta de una pluralidad de voces narradoras que enriquecen la trama, entre las que se destaca la voz del abuelo, “esa presencia que mira, ve, escruta, señala, recuerda, medita, observa, piensa, filosofa; en una palabra, que lo sabe y lo conoce todo” (Iriarte, 1979, p.37). Comienza con la llegada del alemán Geo von Lengerke a la República de la Nueva Granada en 1852. Luego vemos cómo poco a poco se va develando el espacio granadino bajo la mirada extranjera. La vida urbana de Santa fe de Bogotá se mezcla con el rumor de las guerras civiles. La rivalidad entre liberales y conservadores, artesanos y comerciantes, adquirirá mayor fuerza a medida que Lengerke se integra a la región de Santander: lugar donde nacen las ideas liberales. Vemos varias posturas del conflicto bélico, como también de la presencia de los alemanes en la región. Políticos, artesanos, campesinos, extranjeros, latifundistas, reos: todos tienen algo que contar acerca de las transformaciones sociales que vivió el país en la segunda mitad del siglo XIX.

El personaje Lengerke es una espina dorsal para narrar los hechos de guerras. Este inmigrante alemán es una utopía hecha carne y necesario era para él vivir en un lugar con las

mismas cualidades utópicas. Aquel lugar era Santander, tierra que lo vio nacer por segunda vez. Toda actividad bélica con sus victorias y fracasos es, también, representada corpóreamente en él. Por eso, con la muerte del liberalismo radical muere también Lengerke. De esta manera concluye la novela, con una muerte doble, simétrica.

Recepción crítica

Esta novela colombiana, como otras tantas de la segunda mitad del siglo XX, permaneció opacada por el realismo mágico de Gabriel García Márquez y las demás tendencias formales del *boom* latinoamericano. Montoya Campuzano (2006) afirma que la poca recepción de la novela también se debe a la intertextualidad con las artes, música e historia que están presentes en toda la obra de Gómez Valderrama, ya que “sólo es materia de lectura de los investigadores y, en menor medida, de los escritores” (p.156). La mayoría de los estudios que se han hecho de *La otra raya del tigre* reinciden en los mismos temas: sobre la conjetura histórica¹, las guerras civiles del XIX y la heroicidad del protagonista Geo von Lengerke. Por otro lado, cabe resaltar que el contenido de su narrativa está fuertemente relacionado con su participación en la revista *Mito*². Por ejemplo, Serafín Martínez (1985) habla sobre cómo la experiencia cultural de esta revista se refleja en la carga erótica que destaca su obra:

Lo que nos interesa destacar de la experiencia cultural de ‘Mito’ es que allí encontramos una apelación al erotismo como recurso contestatario. Porque ese es el interés de Jorge Gaitán Durán cuando enfatiza en la divulgación del Marqués de Sade y también en su trabajo poético [...] Porque contra esa cultura envejecida que ya no sobrevive sino en el óxido de sus propias ritualidades, Gaitán Durán opone la alegría y el espacio de libertad que supone lo erótico. (p.35)

¹ Gómez Valderrama reflexiona sobre el problema histórico desde la literatura. En toda su narrativa podemos ver cómo utiliza literariamente los vacíos de la historia para cuestionarla, recusarla, multiplicarla. Esta relación entre historia y literatura la vemos sustentada principalmente en sus ensayos: “La historia como novela y la novela como historia”, “Las aproximaciones literarias a la historia”, “Confesión personal” y “los factores de la novela”; todos incluidos en la *Antología* que editó el Instituto Caro y Cuervo.

² “*Mito* fue un estímulo permanente, un afán de superación, e indudablemente un cambio saludable en el enfoque de la literatura en Colombia. El grupo *Mito*, que hoy se mira especialmente como proyección hacia las generaciones que vinieron después, tuvo para nosotros una significación de descubrimiento, y una vinculación extremada a la literatura”. (Gómez, 1995, p.177)

En lo que atañe al género de novela histórica, *La otra raya del tigre* ha sido ubicada en el marco de novelas tradicionales, como lo señala Seymour Menton (1993) en su largo listado donde la incluye junto con otras diecisiete obras latinoamericanas³. Sin embargo, Luis Correa Díaz (2003)⁴ considera que esta obra cumple con varios de los rasgos que, según Menton, debe tener una NNH (nueva novela histórica). Al fin y al cabo, el rótulo de “nueva” novela es muy relativo, y cambia a medida que pasan los años⁵.

Muchos críticos le reclaman realismo a la novela, olvidando que también la ficción surge indiscutiblemente de la realidad. Es el caso de Volkening (1997), quien decide sacrificar el fragmento del piano por parecerle demasiado fantástico: “La odisea del instrumento de música de don Geo pertenece al género fantástico. Es una especie de *gothic tale* que en nada tiene de criticable, salvo la circunstancia de estar fuera de lugar en una novela de índole preponderantemente realista” (p.323). Precisamente la novela puede darse aquel ‘lujo’, porque no es una radiografía neta de la realidad a modo de documento. Erróneamente, muchos se refieren a *La otra raya del tigre* como si solo fuera la biografía de un inmigrante alemán. Pareciera que los demás temas de la novela quedaran relegados a un segundo plano, debido al ensalzamiento que de Lengerke se hace en la crítica. Lo vemos en Ortiz (2008) quien justifica el accionar de Lengerke sin cuestionarlo en ningún momento. Esta imagen heroica está presente también en los trabajos de Alstrum (2011), Aristizábal (1992), Hena Restrepo (1999), Iriarte (1979) y Volkening (1977). En contraparte, tenemos el trabajo de Johnattan Caballero (2013), quien cuestiona tal heroicidad⁶. No está mal hablar de Lengerke; es inevitable no mencionarlo siendo el protagonista de la novela. Sin embargo, el error consiste en idealizarlo, ya que esto lo vuelve impenetrable como personaje. Si bien trajo el progreso a la región de Santander, también fue el responsable de otros trastornos sociales. Aquella transculturación que él encarna no es

³ Me refiero a su libro: *La nueva novela histórica de la América Latina 1979-1992* (1993)

⁴ Véase en: *Una historia apócrifa de América. El arte de la conjetura de Pedro Gómez Valderrama*. (2003)

⁵ “A la hora de definir la ‘nueva novela histórica’, a Menton le importa únicamente lo ‘nuevo’ y parece olvidarse de que es tan sólo un adjetivo de valor muy relativo. Basta recordar que Georg Lukács, en su clásico estudio de la novela histórica, empleó el mismo término para designar las obras de la segunda mitad del siglo XIX”. (Grützmacher, 2006, p.144)

⁶ El aporte de Caballero es interesante en tanto deja de ver a Lengerke como una víctima de las guerras civiles, y empieza a verlo también como victimario.

siempre una unión feliz y armoniosa de ambas culturas, europea y americana, como la han querido mostrar.

Otros estudios como los de Pedro Agudelo (2012) y Efrén Giraldo (2013) le apuestan a otro camino: el análisis de la imagen artística en los cuentos de Gómez Valderrama. A pesar de que no hablan específicamente de la novela, sus apuntes sobre éfrasis literaria sirven como herramienta para pensar la función de los objetos presentes en Montebello, tales como las estatuas y el piano⁷. Esta recreación estética visual está también asociada a un *despertar* de las cosas. Así también, los ensayos de Helena Iriarte (1979), Montoya Campuzano (2004) y Volkening (1977) me resultaron útiles porque desarrollan algunos aspectos relacionados con el espacio, como son, respectivamente: el evocar nostálgico de Montebello, las utopías localizables en lugares cerrados y la dinámica de la selva.

Maneras de cartografiar en la narrativa

Te acuerdas cómo quemamos tus mapas –dijo Aquilino–. Pura basura, los que hacen mapas no saben que la Amazonia es como mujer caliente, no se está quieta. Aquí todo se mueve, los ríos, los animales, los árboles. Vaya tierra loca la que nos ha tocado, Fushía.

Mario Vargas Llosa, *La casa verde*.

He leído muchos artículos y ensayos que siempre comienzan con una definición de la DRAE, y en muchos de estos escritos he podido leer una misma intención: citar una autoridad gramática para luego desautorizarla. Bien sabemos que, aunque es importante y necesaria la recolección y catalogación de las palabras con sus respectivas definiciones, resulta una empresa tan difícil, que muchas veces raya en lo utópico, porque el lenguaje es, sencillamente, una criatura indomable a la que no se le permite enjaularla en un único libro y en una única definición. También hay muchas palabras (alaridos de esta criatura) que no caben en los diccionarios, porque no son aceptadas y se quedan vagando por el mundo, más libres que nunca,

⁷ Efrén Giraldo (2013) analiza en su ensayo la recreación estética del piano descrito en “El dios errante”, cuento publicado en 1973 y más tarde incluido en 1977 en la novela *La otra raya del tigre*.

a través de las personas que todavía las pronuncian. Ahora yo empiezo con una definición de la DRAE para la palabra cartografía: “arte de trazar mapas geográficos”, y aprovecho sobre todo su comienzo: *arte*, porque dentro de esta sola palabra cabrían diversas expresiones humanas para representar el mundo, no sólo pictóricamente. Es aquí donde entran en juego las crónicas de viajes, los diarios de Colón y las novelas en general, puesto que también ofrecen modos de descripción y mapeos del espacio. Es así como estas manifestaciones escritas, literarias, o lo que llamaré “cartografías narradas” pueden resultar un objeto de estudio fascinante para pensar el espacio, entre otras cosas, por su gran ventaja: la libertad de la palabra. Con lo anterior, estas cartografías narradas podrían incluso ser más densas que las representaciones cartográficas tradicionales por su dinamismo: no es lo mismo ver una línea delgada y fija que representa el cauce de un río, que darse por enterado de que no todos los meses del año aquel río corre por esa línea imaginaria porque se seca o se desborda. La novela, entonces, vendría siendo un arte que traza mapas, gesta mundos y propone otras lecturas cartográficas dentro del espacio narrativo.

El escritor, al igual que el cartógrafo, es “un sujeto social, sumido en la red de intereses políticos que configuran la realidad social de su tiempo, su conocimiento no es neutro ni imparcial, está inserto en las tramas del poder y su conocimiento es instrumentalizado por aquel” (Montoya, 2007, p 163). En toda producción literaria “los procedimientos de selección, asociación y combinación de los materiales de referencia obedecen a un deliberado proyecto estético” (Bustillo, 2000, p.150). Así también, la escritura bebe de imaginarios⁸ que “trascienden lo personal para insertarse en los movimientos de la psiquis colectiva” (p.151)⁹.

Ahora bien, volviendo al concepto de cartografías narradas, me interesa concentrarme en el caso de la novela *La otra raya del tigre*. ¿Cuál es la geografía mental que allí se construye?, ¿cómo depura y transforma Gómez Valderrama el espacio granadino y qué estrategias utiliza

⁸ “El imaginario es la codificación que elaboran las sociedades para aproximarse a la realidad y nombrarla, y en esa medida se constituye en el meollo de la cultura de un pueblo, así como en la matriz que ordenará el dibujo de la memoria colectiva, las valoraciones ideológicas, las autorepresentaciones y las imágenes identitarias” (Bustillo, 2000, p.152)

⁹ Muchos de estos imaginarios son compartidos por obras literarias, dando como resultado la formación de un sistema de lugares que sirve de patrón para otros escritores. A ello se debe que espacios como la selva sean descritos con las mismas características en varias novelas.

para ello? Aquí se vuelven esenciales los viajes y demás desplazamientos ejecutados por los personajes, puesto que cada uno de ellos vive y produce una imagen diferente del territorio.

La temática del viaje

Ante la pregunta de si *La otra raya del tigre* es literatura de viajes, es necesario, primero que todo, detenernos en la naturaleza omnívora de este género. Darle una sola definición resulta difícil porque se alimenta de distintos campos disciplinarios y sus fronteras están en constante movimiento: “la literatura de viajes por su misma naturaleza está acostumbrada a traspasar confines. Más bien es precisamente éste su primer carácter: cruzar la frontera para ver qué hay al otro lado, comparar lo interior con lo exterior, el aquí y el allá” (Nucera, 2002, p.243). Decidir si la novela de Gómez Valderrama pertenece o no a este género es algo que se puede solucionar si abordamos la temática del viaje como eje central. Tal es el caso de Angélica González (2011) quien la incluye en dicho género junto con otras novelas del siglo XX¹⁰, y señala como aspecto en común, la figura del viajero cuya mirada también ayuda a pensar la construcción del país desde las dicotomías:

La presencia del viajero en la narrativa de viaje colombiana será la que ponga en la balanza las dicotomías culturales que van a estar presentes en la vida social y política del país (incluso hoy día: civilización y barbarie, cultura europea y cultura americana, metrópoli y colonia, centralismo y provincia). (p.82)

En cuanto al viaje, lo que prima e interesa es el encuentro con el ‘otro’ y el ‘lugar otro’ (Nucera, 2002). Aunque en el viaje de Lengerke no se da verdaderamente la noción de *volver*¹¹,

¹⁰ “Entre algunos ejemplos tenemos la novela *De sobremesa* de José Asunción Silva; *La vorágine* de José Eustasio Rivera; *La otra raya del tigre* de Pedro Gómez Valderrama; *El buen salvaje* de Eduardo Caballero Calderón; *Fugas o Biografía de un embustero* de Óscar Collazos; *El viaje triunfal* de Eduardo García Aguilar; *Antares, del Mar Verde al Mar de los Caribes* de Arturo Echeverri Mejía; la saga novelística de Maqroll el Gaviero, de Álvaro Mutis; *Mambrú* de R.H. Moreno-Durán, entre muchos otros libros de viaje que nacerán en el siglo veinte en el país”. (González, 2011, p.82)

¹¹ “*Tornare* (volver) deriva del latín *torvus*, que es el torno y también el yugo, es decir algo que gira en círculo. En su sentido más común, el verbo designa la acción de volverse a colocar en el punto de partida, de recuperar el lugar abandonado o perdido. Llegar a un lugar y quedarse allí no es viajar. Es más bien lo que en una biografía sería clasificado como simple traslado, cambio de residencia”. (Nucera, 2002, p.250)

puesto que su regreso al punto de partida (Bremen) es solo temporal, la experiencia es completa, iniciática, ya que cambia, se enfrenta a la hostilidad de las guerras civiles; el extranjero que llega en 1852 al puerto de Santa Marta es diferente al que muere en Santander:

Para que un viaje sea tal no basta considerar el puro desplazamiento efectuado por un individuo de un lugar a otro, sino que es necesario observar qué es lo que ha alimentado su recorrido, cuál ha sido el intercambio que se ha producido en el camino: dicho de otra forma, cómo ha sido recibida y transformada la experiencia del viaje, es decir, el descubrimiento del 'lugar otro' (Nucera, 20002, p.248)

Lengerke termina compenetrándose con la nueva tierra que habita, por eso no le hace falta regresar, basta con haber partido: “Se parte para cambiar, para renovarse; uno se aleja de sus propias costumbres para que muera una parte de sí y al mismo tiempo para permitir que nazca una nueva” (Nucera, 2002, p.251). Desde el principio, convive permanentemente con sus fantasmas de Europa y los alucinantes seres de la Nueva Granada que irá desmitificando y empezará a ver con menor distancia; pero aquello le tomará tiempo y no se cumplirá en todos los casos: las mujeres granadinas, por ejemplo, seguirán siendo descritas con cierto aire mítico; Lengerke las alabará por su desinhibición sexual ligada a la naturaleza elemental de una salvaje¹². El encuentro con el 'otro' no solo lo vemos desde la mirada extranjera; en la novela también toman la palabra los receptores del viaje de Lengerke, es decir, los viajados¹³. Lo anterior lo vemos en el cuarto capítulo de la tercera parte, donde se instaure otra voz narradora que le pertenece a un natural de Zapatoca: habla sobre Lengerke con extrañeza y desconfianza: “Es un hombre raro, cuando camina por la calle todo el mundo lo mira, con sus polainas

¹² “La mujer, en su cualidad de otro frente a lo masculino, posee un especial atractivo para el viajero y no puede pasarse por alto en la representación; el viajero no puede obviarla ya que comúnmente está presente de alguna forma en la experiencia del viaje y es un punto fácilmente exotizable y, por lo mismo, invisibilizado y desconocido”. (González, 2011, p.86)

¹³ El individuo 'viajado' es el receptor de los viajes del 'viajero'. Hace algunos años los teóricos de la literatura empezaron a hablar de los 'narrados' como de las figuras equivalentes a los narradores pero en el extremo de la recepción de la narración. Obviamente los viajes se estudian principalmente desde la perspectiva del viajero, pero es perfectamente posible, y sumamente interesante, estudiarlos desde el punto de vista de quienes participan de ese viaje en el extremo de la recepción. (Pratt, 2010, p.239)

brillantes y su sombrero alón [...] parece un demonio con el pelo rojizo, los bigotazos parados, la nuca gruesa y el caminado pausado y duro” (Gómez Valderrama, 1989, p.63)

Hay todo un juego de mediaciones en el viaje de Lengerke: es un viaje imaginado en tanto figura como un intento de vernos a nosotros mismos desde una mirada extranjera y, además de las fuentes históricas que alimentan la narración, está implícito el viaje interno y simbólico del autor, porque esta novela fue su forma de regresar a su tierra natal, de describir lo que de ella recordaba y le habían dicho.

Espacios abiertos/espacios cerrados

Los espacios abiertos y cerrados son el producto del desplazamiento que se hace del campo de la realidad (espacios vividos) al campo de la ficción. Es así como los *topos* (lugares) trasvasados al universo literario son convertidos en *logos*. En este traslado de universos, la naturaleza domesticada por el escritor se convierte en paisaje (Aínsa, 2002). ¿Y por qué espacios y no lugares? Al respecto, Michel de Certeau (2000) hace una distinción que valdría la pena revisar:

Un *lugar* es el orden (cualquiera que sea) según el cual los elementos se distribuyen en relaciones de coexistencia. Ahí pues se excluye la posibilidad para que dos cosas se encuentren en el mismo sitio. Ahí impera la ley de lo ‘propio’: los elementos considerados están unos *al lado* de otros, cada uno situado en un sitio ‘propio’ y distinto que cada uno define. [...] Hay *espacio* en cuanto que se toman en consideración los vectores de dirección, las cantidades de velocidad y la variable del tiempo. El espacio es un cruzamiento de movilidades. Está de alguna manera animado por el conjunto de movimientos que ahí se despliegan. Espacio es el efecto producido por las operaciones que lo orientan, lo circunstancian, lo temporalizan y lo llevan a funcionar como una unidad polivalente de programas conflictuales o de proximidades contractuales. (p.129)

Muchos de los espacios cerrados desarrollados en esta tesis cumplen con alguno de los aspectos del *lugar*. Es el caso de la casa de comercio que tiene una jerarquización cuidadosa donde cada artículo importado ocupa su propio sitio. Sin embargo, estudiando las dinámicas internas de estos lugares, las dialécticas que los alimentan, hacen que, pese a llevar una *configuración instantánea de posiciones*, adquieran la vitalidad y el movimiento de los espacios.

Cuando los lugares empiezan a ser concurridos, modificados, *practicados*, atravesados por incontables trayectorias y se acumulan en ellos varias capas temporales, se vuelven *espacios*¹⁴.

2. REPRESENTACIÓN DEL ESPACIO GRANADINO

Terra ignota, *Las Yndias*, *Nuevo Mundo* o simplemente América, a secas, un Americo Vesputio enquistado en cuerpo de mujer, un croquis analizado con lupa en mano, de terminaciones asombrosas y con seres humanos de la misma naturaleza que sus árboles y animales: totalmente desconocidos. Así empezó su historia, así apareció, de la nada, su gran masa continental en el orden del mundo ya viejo, como si hubiera permanecido toda una vida bajo el agua esperando a que una mano blanca jalara la pesada cadena del ancla y la sacara a flote, a la superficie, tierra *posmatura*: nacida después de mucho tiempo. Luego pasaron siglos y aún en el XIX se la seguía mirando y curioseando por lo desconocida, por ser una jovencita atractiva a la que hay que educar y seducir. Y se la fue fraccionando y cambiando de dueño de vez en cuando hasta que, como producto de tantas revueltas, guerras y deseos de libertades, algunas porciones se fueron independizando. Y siguieron llegando (por encargo) más botánicos y científicos a estudiar los espacios cada vez más delimitados, a repetir a escala menor la empresa de conocer por vez primera una tierra. Y así llegaron a la Nueva Granada y se fue configurando un espacio desde las cartas cartográficas, los diarios, cuadernos de campo, anotaciones detalladas de la gente y sus tierras (o de la tierra y sus gentes) en las expediciones avaladas por el gobierno.

Para comprender las descripciones y los mapeos que se hacen de aquel espacio granadino en *La otra raya del tigre*, es necesario acudir primero a algunos apuntes breves sobre la cartografía y cómo, en un principio, detrás de la figura del cartógrafo se escondían intereses políticos y religiosos que determinaban en gran medida aquella representación geográfica del mundo. Ya adentrándonos en el siglo XIX, es relevante revisar el papel de varias figuras intelectuales y proyectos que influyeron en aquel proceso de pensar la Nueva Granada, como lo fueron: Alexander von Humboldt (quien influyó, sobre todo, en la reinención de América),

¹⁴ Este cruzamiento de moviidades es más evidente en la selva, el río, los puentes, posadas y caminos: todos desarrollados en el capítulo que le dedicaré a los espacios abiertos.

Manuel Ancízar, Francisco José de Caldas, las expediciones científicas, la Comisión Corográfica y las teorías del clima del momento.

Los albores de la cartografía: una manera de pensar el espacio y dominarlo

El deseo que ha impulsado a muchos a la aventura, a lanzarse al mar infinito en busca de nuevas tierras, ha estado mucho antes de 1492. La historia está llena de protonautas¹⁵ y emocionados sucesores de esta gran empresa náutica, y la hazaña de estos aventureros se ha repetido a lo largo del tiempo y ha sido un tema inagotable para los estudios y literatura de viajes. Anteriormente, las tierras del Oriente eran el blanco preferido de los futuros conquistadores, guiados por las asombrosas tierras descritas en la Biblia. Fue así como invadieron a los tártaros y acabaron con la dinastía Kin. “Desde Cristóbal Colón y Hernando de Magallanes hasta Sebastián Gaboto, la busca de estos países de la escritura fue motivo e impulso de sus empresas” (Molinari, 1941, p 7). Aventureros como Marco Polo, hincharon de deseo a las futuras generaciones para emprender sus viajes relatados, con la promesa de llegar cargados de riquezas. Sus mapas, dibujos que indicaban la ubicación de magnánimas tierras como *El Cipango* y *El Cathay*, fueron la guía de los viajeros, y aquellas coordenadas imaginarias cumplieron el papel importante de agrandar el panorama e incentivar la exploración de nuevos lugares, en un intento por terminar esa imagen incompleta que se tenía del mundo. No era de extrañar, entonces, que Colón, educado con la geografía de Ptolomeo, se diera cuenta a medida que avanzaba en su expedición, de que el mundo descrito por él “no pasaba más allá de los 180° longitudinales, que concluían en las regiones de *Serica*, *Sinarumsitus*, e *India extra-Ganges*” (Molinari, 1941, p.27).

¹⁵ Expresión que usa Augusto Roa Bastos en su novela *Vigilia del Almirante*, para referirse a los navegantes primitivos que llegaron mucho antes que Colón, a América. Esta expresión también alude a un piloto anónimo, mencionado por el cronista López de Gomara: “el mismo Colón había salido en busca de unas islas, o tierras, que le habían sido reveladas por un *piloto anónimo*, según López de Gomara” (Molinari, 1941, p. 32)

Con el paso de los años se fueron modificando las cartas cartográficas que, más allá de ilustrar con precisión geográfica las tierras firmes del planeta, eran representaciones simbólicas de la expansión de un imperio o lecturas religiosas que se hacían del mundo, siempre con el poder de trasfondo. Entendamos, pues, por cartografía, el acto de pensar el espacio, en términos de poder:

La cartografía es inseparable de los actos de clasificar, ordenar y nombrar que, como el bautismo, son formas de inclusión y dominio. Así es como la cartografía no es simplemente una pintura o un modelo *de*, sino también anticipa la realidad; un mapa es un modelo *para*, un poderoso instrumento de control y planeación. (Nieto, 2010a, p. 9)

Así como Anaximandro en el siglo VI a.C. hizo un mapa que representaba al mundo con el Mar Egeo en su centro, privilegiando políticamente a Grecia (Montoya, 2007), muchos cartógrafos diseñaron *su* idea de mundo, ya sea para enaltecer un territorio específico en detrimento de los otros, demostrar la expansión del poder de un imperio y destacar algunas tierras desconocidas con el fin de ser colonizadas:

El desarrollo de mapas precisos que describieran con exactitud la forma, el tamaño y la ubicación de los territorios descubiertos y que a la vez permitieran inferir y diagramar los potenciales recursos e intereses del poder colonial en su estabilización, integración y dominio, convirtieron a la cartografía en un saber estratégico y con un gran peso en la determinación de las relaciones multilaterales de poder. (p.160)

La cartografía entendida como ciencia dedicada al estudio de los mapas, es tardía y tuvo una reaparición conveniente en el siglo XIX. No podemos olvidar el auge de la “Modernidad en Occidente y del proyecto de expansión colonial que le es inherente, [ya que] permite intuir el porqué de la tan oportuna aparición de una ciencia dedicada a «representar el mundo», esto es, a traducirlo en una imagen compiladora/productora de la «realidad espacial»” (p.157). En esta actividad primigenia de confeccionar mapas, Montoya (2007) distingue dos categorías:

El «mapa instrumento», de carácter informativo y práctico y, el «mapa imagen», el cual alberga una abstracción, un esfuerzo intelectual de construcción de un instrumento con fines prácticos pero revestido también de un carácter intangible como imagen, lo que lo convierte en una representación que integra las interpretaciones cosmológicas, políticas o religiosas, centradas en el mundo de aquel que lo dibuja. (p.157)

Cabe resaltar que “fue con la proyección cartográfica que la idea de frontera o límite iniciaría su ascenso como elemento preponderante de la representación espacial de la soberanía estatal”. (p.159). Pese a que la aparición de estas “fronteras” fue indispensable para que los gobiernos tuvieran una idea del territorio que gobernaban, esta cualidad de zonas limítrofes hizo que las mismas fronteras fueran olvidadas y solamente vistas como lo que representaban: simples delimitaciones geopolíticas; dejando a un lado otras características que definen, por naturaleza, a estas regiones periféricas: las operaciones comerciales fronterizas, los matices culturales, los factores que dinamizan y modifican aquellas zonas limítrofes, como son los fenómenos naturales, las migraciones y el repoblamiento de terrenos donde no son contemplados los habitantes.

La importancia de las expediciones

Desde los albores de la historia, el espacio desconocido se ha presentado al ser humano bajo signos amenazadores. Mientras no ha existido el bosquejo conceptual que la ordenara, toda naturaleza inexplorada, toda geografía inédita, ha inspirado desconfianza, no exenta de cierta ambigua atracción por los misterios que pudiera encerrar.

Fernando Aínsa, *Espacios del imaginario latinoamericano*

Desde que Colón llegó a América, los viajes de exploración recobraron gran importancia, puesto que el *Viejo Mundo* y su centralidad en el planeta se vieron amenazados y cuestionados por una gran masa continental antes ignorada, que debía ser estudiada, calculada y valorada. El mundo de 180 grados de Ptolomeo fue completado con los 180 grados faltantes y la esfericidad del planeta se hizo más que evidente. Ahora bien, las antiguas cartas cartográficas tuvieron que reformular sus imaginarios geográficos para que Europa no perdiera su calidad de centro. Fue así como “La Europa continental erigió a las colonias como su periferia, los bordes necesarios para argumentar su centralidad, simples extensiones de una geometría implosiva y centrípeta” (Montoya, 2007, p.161). Bajo estos mismos parámetros, Walter Mignolo (2007) cuestiona la división continental y cómo la aparición de América fue un motivo más para la expansión colonial: “La Tierra no fue creada y dividida en cuatro continentes desde sus inicios por un ser

divino. «América», el cuarto continente, se anexó a los tres que la Cristiandad había imaginado y que San Agustín señaló en *La Ciudad de Dios*” (p. 15)

¿Por qué esta nueva raza de hombres no le brindaba culto a su Creador? Si esta tierra no era gobernada por Dios entonces tenía que ser evangelizada para alejarla del pecado. La gran naturaleza que albergaba *Las Yndias* necesitaba ser revisada para que entrara en el orden del mundo. La presencia de animales y plantas jamás vistos parecía no tener sentido: ¿qué había hecho Dios con estos animales y por qué Noé no los incluyó en su arca? Fue necesario, pues, resaltar el estado primigenio de aquella tierra recién salida de las profundidades que todavía estaba formándose. Todos los seres vivos resultaban más pequeños comparados con las especies del *Viejo mundo*, y su pequeñez indicaba que estos seres estaban a medio camino de la evolución¹⁶. Un ejemplo de ello es la descripción que en las cartas coloniales hacen del tapir brasileño, que a los ojos de los europeos no era más que un elefante que no alcanzó a desarrollarse por completo. Así sustentaban la inferioridad de las especies del *Nuevo Mundo*:

Vemos entonces por qué se encuentran grandes insectos y reptiles y pequeños cuadrúpedos, y hombres frígidos en este Nuevo Mundo. La razón está en la calidad de la tierra, en las condiciones del cielo, en los grados de calor, en la humedad, en la ubicación, en la elevación de las montañas, en la cantidad de aguas que corren o están estancadas, en la extensión de los bosques, y sobre todo en el estado bruto en el cual se encuentra la naturaleza. (Buffon citado por Nieto, 2008, p 57)

Las expediciones científicas no sólo fueron un simple recuento de las especies existentes en América en aras de conocer mejor aquellas tierras; fueron, sobre todo, un instrumento del poder que permitía la expansión imperial:

Todo proyecto político de expansión y dominio requiere de mecanismos de apropiación de lo desconocido y de estrategias para incorporar lo extraño dentro de marcos de referencia familiares. La construcción de un imperio o una nación supone una intensa actividad científica que haga posible ordenar la naturaleza y la sociedad. (Nieto, 2008, p. 11)

¹⁶ Sobre este tema, de cómo el clima operó como un factor importante para justificar la “inferioridad” no sólo de los animales y plantas sino también de los seres humanos, hablaremos más adelante.

A finales del XVIII “no sólo habría un creciente interés en viajes de exploración, sino que también se puede observar el surgimiento de un nuevo tipo de exploración científica que puso en marcha un programa de clasificación y ordenamiento de la naturaleza a escala global”¹⁷ (Nieto, 2008, p. 44). Sin embargo, no cualquiera estaba calificado para participar en estas expediciones encomendadas por los imperios. Los exploradores científicos tenían que cumplir con todo un entramado de conocimientos y rasgos que los hicieran un representante del proyecto civilizador de Europa:

El explorador científico del siglo XVIII es un hombre de letras, muy probablemente aristócrata, miembro de las élites sociales y científicas de Europa. Equipados con un arsenal de instrumentos diseñados para la recolección de información sobre geografía, sobre los recursos naturales, el clima y los habitantes de cualquier lugar del planeta, estos personajes y sus aparatos encarnan el poder de la ‘civilización’, de la ciencia y la tecnología europeas. (Nieto, 2010b, p.15)

Con el mismo afán de clasificación y ordenamiento surgió la *Real Expedición Botánica* a cargo de José Celestino Mutis¹⁸ en 1783 durante el Virreinato de Nueva Granada. Las tierras granadinas eran aún desconocidas y fue necesario levantar mapas, dibujos y recoger diversas muestras de plantas para tener una idea del territorio virreinal:

Las gentes del virreinato, en vísperas de la independencia, no conocían el territorio en el que vivían sino como una extensión indefinida del Imperio. Ni sus hombres más ilustrados sabían cosas tan elementales como el tamaño exacto de sus ríos, las distancias reales entre sus ciudades más importantes, los límites precisos del territorio virreinal, las características de su suelo y la condición real de sus habitantes. (Múnera, 2005, p.68-9)

A mediados del siglo XIX, el territorio granadino es visto no sólo en términos demográficos, sino que también se hace hincapié en los recursos naturales de los que se pueda sacar provecho comercial: la presencia de minas, de plantas medicinales como la quina, las zonas boscosas, las rutas hidrográficas y terrestres más importantes para la circulación de mercancías, entre otras características de la tierra. Es así como en 1850, bajo el gobierno de José Hilario

¹⁷ En esta línea del ordenamiento de la naturaleza a escala global, entra el trabajo de Alexander von Humboldt

¹⁸ “Su labor tuvo una gran importancia en la consolidación de la ciencia criolla, y mantuvo también importantes lazos con las redes científicas europeas, como lo muestra su relación con Carlos Linneo y Alexander von Humboldt” (Nieto, 2008, p. 44).

López se inicia la *Comisión Corográfica* liderada por el ingeniero militar Agustín Codazzi¹⁹. Para dicho proyecto nacional fue necesaria la labor de escritores, naturalistas, dibujantes, ingenieros y geógrafos²⁰ que exploraran las tierras del Estado, las calcularan milimétricamente y registraran en el papel todas las experiencias de sus viajes, para así ir armando una idea, acaso imprecisa pero abarcable, de la nación.

Teorías del clima: modos de elegir la tierra apta para vivir

Al subir, -el reino del cóndor- cuando el aire se enrarece y el viento empieza a soplar frío, la vegetación cambia, la niebla se acumula en las hondonadas, el paisaje se vuelve súbitamente blanco. Nadie concibe, piensa el abuelo siguiendo con la vista la lenta caravana, cómo los españoles idearon una ciudad en las alturas.

La otra raya del tigre

¿Cómo los españoles idearon una ciudad en las alturas?! Esta preocupación que embarga al abuelo, mientras observa el enrarecimiento del paisaje en su ascenso por la montaña, es clave para pensar el espacio granadino. La pregunta por la fundación de las ciudades, cómo y por qué decidieron elegir a Santa Fe —lugar entrañable, escondido entre montañas— como centro capitalino, tiene una explicación de fondo y para ello hay que volver la mirada hacia la élite criolla del XIX que se alimentaba de las teorías y discusiones de la Europa moderna para así modelar los procesos de construcción de la nación:

Era la modernidad importada de Europa, con toda su carga imperial y xenófoba, y no la vieja tradición, la que legitimaba la construcción de una imagen de la Nueva Granada escindida por una geografía racial en razas superiores e inferiores, en razas civilizadas y bárbaras [...] La ciencia imperial se ajustó muy bien a los propósitos ideológicos de la élite intelectual criolla en su función de perpetuar un tipo de colonialismo interno. (Múnera, 2005, p. 78)

¹⁹ Esta Comisión Corográfica finalizó en 1859 con la muerte del militar Codazzi.

²⁰ “El equipo de viajeros organizaba los recorridos y la información era recolectada usualmente por las instrucciones de guías nativos que les iban indicando el camino y los lugares de interés. Estos guías locales sirvieron como base de la Comisión; sin embargo, sus conocimientos son silenciados y su papel permanece en el anonimato”. (Nieto, 2010a, p. 49-50)

Esta geografía racial venía cimentándose con fuerza desde el XVIII con los planteamientos de naturalistas como Buffon, quien veía en el clima un factor importante para sustentar la inferioridad de algunas especies de América:

Las criaturas americanas son definitivamente distintas y en muchos casos inferiores, siendo ésta una consecuencia de su clima húmedo que tiene como efecto su degeneración; es decir que para el naturalista francés la humedad del clima resta vigor y empequeñece a los seres vivos. (Nieto, 2008, p. 56).

Lo anterior aplicaba también para el ser humano: si éste era de tierras ardientes era, por lo tanto, bárbaro²¹. Una tierra de clima frío era, pues, el hábitat ideal para fundar una ciudad, para erigir una civilización. Sin embargo, muchos de estos planteamientos contrariaban al intelectual criollo: “la tradicional dicotomía entre ‘aquí’ (Europa) y ‘allá’ (América) se invierte y el criollo debe combatir la tesis de que el clima americano tiene un efecto degenerativo sobre su raza.” (Nieto, 2008, p 63). Fue así como el naturalista payanés Francisco José de Caldas, escribió *El influjo del clima sobre los seres organizados* (1808) donde matizaba aquella idea de la degeneración de las especies americanas, con la presencia de la cordillera de los Andes y la ubicación del Ecuador, lo que permitía variedad de climas idóneos para el hábitat de gentes civilizadas (Nieto, 2008):

Nuestros Andes son el origen de bienes incalculables, nuestros Andes nos proporcionan todas las delicias, nuestros Andes nos templan, nos varían, y presentan el espectáculo magestuoso de reunir las extremidades del globo, de mantener en su frente los hielos boreales, y en la basa las llamas del Ecuador. Estas montañas, las más célebres del Universo, sostienen pueblos numerosos a niveles extremadamente diferentes. (Caldas citado por Nieto, 2010a, p.32)

Entonces las ciudades se empezaron a pensar desde las montañas, enmarcadas en lo alto donde *los hielos boreales* mantuvieran a salvo la civilización. Allí también radica el enaltecimiento de las cordilleras de los Andes, que también podemos ver en escritores como Manuel Ancízar que, mientras cumplía con las tareas de la Comisión Corográfica, se daba la

²¹ Incluso había estudios minuciosos que comparaban la estructura ósea de la gente de tierra fría y caliente, llegando a la conclusión de que estos últimos tenían la bóveda craneana más pequeña, lo que los hacía gentes sin razón.

libertad de describir los espacios que creyera más admirables y representativos de la nación. Hay un aporte interesante que él hace sobre cómo la topografía de los Andes se sale de las clasificaciones geológicas que propone Europa para todo el mundo. Para este caso específico, una geografía global —un poco como lo que pretendía Humboldt con sus viajes registrados en los 30 volúmenes— no satisfacía como referente para explicar los accidentes geográficos de las cordilleras andinas:

Tal es, en todo lo que he visto, la historia de estas sublimes cordilleras, escrita en sus moles gigantescas, con caracteres grandiosos: los volcanes y las sublevaciones del viejo mundo son fenómenos pequeños y comunes, en comparación de los cataclismos de que ha sido teatro la región andina, cada vez mayores conforme nos aproximamos al ecuador, en donde el viajero estudioso deja caer de las manos los libros escritos por los geólogos europeos, convencidos de que estas comarcas rechazan las clasificaciones ordenadas y la miniatura de los sistemas que los sabios de ultramar han creído universalmente aplicables. (Ancízar, 1970, p.31)

Aquel influjo de la naturaleza sobre las personas lo vemos también en *La otra raya del tigre* (1989) donde Lengerke, desde su mirada de extranjero, compara la topografía de los cerros con el carácter de los granadinos: “Los cerros están cortados a pico, desde arriba se ven anfractuosidades agresivas. Así es aquí la gente, así de dura, así de sometida al peligro que empiezan a conocer en el primer desliz del pie sobre la senda de la cuchilla” (p. 94) y más adelante incide en esta similitud de la gente con la tierra que pisa, gente a la que también, como la selva, hay que abrirle caminos:

Aquí las gentes dicen ‘soberbia’ para significar cólera. La cólera se equipara al orgullo satánico. Pero la verdadera soberbia es la naturaleza misma. Le parece que los espíritus de las gentes son, también, como la tierra. Y que también ha logrado abrirles caminos y establecerles puentes. (p.142).

Sobre el lugar en que se fundaron las ciudades de la Nueva Granada, Alexander von Humboldt también se hace la misma pregunta en sus diarios, incluso indicando el error de los españoles, tal como lo hace el abuelo en *La otra raya del tigre*:

Los primeros aventureros (grosera chusma), en lugar de elegir sitios donde pudieran ubicar grandes poblaciones, pensando en un comercio futuro, se radicaron en los grandes caseríos de los

indios. Por eso surgieron grandes ciudades donde uno menos lo espera en Santa Fé, Caracas, sobre los terrenos más accidentados. (1982, p.7,a)

En este caso vemos que, al parecer, el clima no influye sobre estas cuestiones. Él está pensando más bien en ciudades portuarias que permitan grandes operaciones comerciales sin la interrupción de los caminos montañosos que hacen más lento el transporte de mercancías. Así podemos concluir que para Humboldt no estaría mal fundar una ciudad en tierra caliente si está cerca del mar o de ríos que faciliten la navegación. Sin embargo, con otra cita de sus diarios vemos una enorme ambigüedad:

La necesidad obliga a trabajar, el frío es necesidad, y la mezcla de zonas frías e improductivas, planicies de 1.000 toesas de altura en medio de las regiones tropicales más fructíferas, ha tenido seguramente la mayor influencia sobre la cultura humana en América. Así como hordas humanas aisladas, expulsadas y obligadas a abandonar las regiones tropicales, alcanzaron una cultura en las regiones nórdicas, que nunca hubieran alcanzado en el mundo del trópico (todo se ofrece por sí mismo). (1982, p. 48,a)

Si el acceso directo al mar supone, en un principio, la llegada del progreso, Humboldt sostiene luego que la cultura, sinónimo de civilización, sólo se puede alcanzar en las tierras altas, donde el frío obligue a trabajar a sus gentes. Describe entonces a las tierras bajas del trópico como un escenario que, aunque tenga buenas condiciones geográficas para levantar una ciudad, no estimula al hombre a actividades esenciales como el cultivo de la tierra porque, tal como el legendario país *Jauja* donde la gente se acostaba con la boca abierta a esperar que le cayera la comida del cielo, “todo se ofrece por sí mismo”.

Alegato contra el mosquito y la tierra caliente

Un animal que hace casi inhabitable la más bella parte del mundo, contra el cual el hombre siempre busca resguardarse, que ocupa a cada instante, bien merece ser conocido y distinguido de los demás, desde San Carlos de Rionegro a la Provincia de Barinas, en las de Caracas, Cumaná, La Guayana, en la Isla de Cuba, en el reino de la Nueva Granada.

Alexander von Humboldt, 1982.

A estos insectos, los científicos del XIX les ocuparon unas tantas páginas en sus crónicas. Y si le dieron tal protagonismo a seres tan diminutos fue para denigrarlos por el efecto de su picadura (menuda roncha). Pero detrás de estos alegatos contra mosquitos, hay unas tierras cálidas, hirvientes, pantanosas, boscosas, que son las responsables de su existencia. A medida que los viajeros cronistas descendían en su recorrido por la Nueva Granada y se alejaban de las montañas, describían un paisaje insalubre, no apto para habitar, debido a sus altas temperaturas que también degeneraban a las personas:

En el siglo XIX, las riberas cálidas y húmedas del Magdalena (clasificación de Koeppen) se distinguían por su insalubridad e incomodidad, y la densa selva tropical que las rodeaba tendía a evitar el establecimiento de poblaciones numerosas en estas áreas. Los darwinistas sociales asignaban a los habitantes de las tierras bajas las mismas características de los demás pobladores del trópico. Es típico el comentario de Tomás Vargas Osorio, quien en su obra *Huella en el barro* describe a los ribereños como personas aletargadas y lentos que creían que se debe trabajar sólo lo necesario para sobrevivir. (Johnson, 1984, p. 19)

Todo lugar donde habitara el mosquito era, pues, un depósito de malestar. El Trópico figuraba como el paraíso de los mosquitos y el infierno de estos viajeros que, luego de haber alabado la exuberancia vegetal, maldecían todos los árboles y humedales del continente por ser el nido de estas potestades malignas, voladoras. Gran incomodidad le causaron a Humboldt en su paso por Mompós, y aquella sensación terrible luego de la picadura, la proyectó cuidadosamente en sus diarios:

Incomoda más al extranjero que al indígena porque la irritabilidad de aquel está constantemente exaltada. De dos lugares igualmente cálidos, aquel en que hay más mosquitos parece ser más

caliente porque la irritación aumenta el calor de la piel inflamada, como es más irritable, se resiente más de impresión calórica de la atmósfera. Con la disminución de agua y de humedad, con la cultura, destrucción de bosques, disminuye y disminuirán día a día los mosquitos. Mas los hombres prefieren sufrir más a remediar el mal. Se dejan crecer bosques hasta las casas: Turbaco, Panamá, Mompós. Hombres nacidos en un país lleno de mosquitos no sienten menos que nosotros. El sentimiento momentáneo de la picadura es igualmente grande; se quejan lo mismo, se cubren de arena; se entierran para pasar la noche. (1982, p. 26,a)

Debieron picarle demasiado como para querer destruir los bosques y vaciar todas sus fuentes hídricas. Lo cierto es que muchos más siguieron esta diatriba contra la tierra caliente y mostraron a las tierras bajas ribereñas como un panorama de enfermedad. Manuel Ancízar, en su ruta por el Carare incide en este panorama:

Rara persona de las que bajan al Carare se liberta de fiebres intermitentes. No bastan precauciones: necesitase una constitución privilegiada para salir sano de entre aquellos bosques y lodazales eternos, hirviendo en putrefacción vegetal bajo una temperatura de 27 a 32° del centígrado, en medio de una atmósfera cargada de olores penetrantes y casi nunca renovada en sus capas inferiores por corrientes de aire libre.” (1970, p. 113)

No estaba errado Humboldt al afirmar que el mosquito “incomoda más al extranjero que al indígena”, pero a esta categoría de los no incomodados también agregaría a varios oriundos de la Nueva Granada que no necesariamente crecieron en un entorno selvático como lo pudiera haber hecho el indio. En *la otra raya...* los mosquitos no sólo incomodan al extranjero, sino también a las personas ilustres o aburguesadas de la Nueva Granada. Lo anterior lo vemos en el pasaje del barco remontando corriente arriba del río Magdalena:

De pronto, todo pareció quietarse, el sol comenzaba a caer, no quedaban sino los mosquitos, los jejenes que consumaban su maravillosa agresión sobre la piel de los viajeros, que se clavaban en las carnes sonrosadas de las Santa Cruz y la Nodier, que hacían que el Padre Alameda se desesperase dentro de su sotana blanca y a la vez la bendijera como una coraza protectora. (1989, p. 13)

A diferencia de las señoritas Santa Cruz que acababan de culminar su educación en Francia, del padre Alameda, o de la cantante francesa de ópera, conocida como la Nodier; a

bordo también venía una pareja de Barranquilla que no veía en la selva *densa y apretada* de las orillas del río una amenaza constante, llegando al punto de no sufrir las incomodidades de los otros, como lo suponía el *bochorno infernal*: “la pareja de Barranquilla se quedaba largas horas mirando el río como si no hubiese calor, localizando la cabeza de un caimán en el agua o haciéndole señas a los bogas del champán que pasaba cuando las olas que formaba el barco lo hacían balancear” (1989, p. 13).

Es así como con toda esta parafernalia de mosquitos y disputas climatológicas, Humboldt termina aceptando a las tierras frías como el lugar predilecto para fundar las ciudades, por la ausencia de estas criaturas minúsculas e irritantes:

Así que el frío hace inhabitable el norte, más los mosquitos impiden a los hombres establecerse en países donde abundan los mosquitos porque estos países y los gobiernos no ofrecen recursos, tal como lo prueba el progreso de la población en Santa Marta, Ríohacha y sobre todo, en Mompós. Los mosquitos no tienen temor a los que vienen de los países donde apenas hay zancudo. (Humboldt, 1982, p. 26,a)

Si bien los mosquitos incomodan a cualquiera que pique, desde el neogranadino hasta el ciudadano del convulso siglo XXI, en el XIX estos insectos cumplieron un papel sumamente importante, más allá de sus funciones dentro del ciclo alimenticio de su comunidad biológica. Era el mosquito antónimo de civilización. Su desaparición significaba también la desaparición del ambiente selvático, para que se pudieran llevar a cabo los ideales de una sociedad culta, donde las picaduras no fueran perjuicio para las pieles del tan aclamado progreso.

La Comisión Corográfica de la Nueva Granada: una lectura de las láminas

Piensa en una breve entrevista con el coronel Agustín Codazzi, en una de las pausas de su misión geográfica, y en la mucho más detenida con su asistente, don Manuel Ancizar, quien acababa de regresar de un largo viaje de estudio por Santander y Boyacá, y de quien obtuvo, en su acento cubano, rastro de largos años en la isla, las mejores y más agudas observaciones. Don Manuel escribía un libro sobre sus experiencias, muchos de cuyos apuntes fueron tomados con el cuaderno de notas apoyado sobre la cabeza de la silla de montar, al paso lento de la mula en descenso.

La otra raya del tigre

Unos mestizos semidesnudos con sombreros de paja penetran en el interior de una selva oscura y espesa. En una ranchería a las orillas del río Meta se ve un indio pensativo, sentado en el suelo mientras sus compañeros atizan el fuego que dorará las carnes de un animal. Un hombre negro —descalzo, vestido con sombrero, pantalones, camisa de mangas largas y poncho de rayas— le está dando la espalda a un hombre blanco —igualmente vestido pero con los pies calzados—; detrás de ellos se levanta un colosal cultivo de trigo. En la provincia de Casanare, vasta y plana, con unas cuantas palmas desperdigadas en medio de una polvareda, sobresalen unas seis vacas reunidas y un llanero solitario montado en su caballo, a punto de arriar el ganado. Unos señores de traje negro hablan en la calle, acompañados de mujeres ataviadas con sus vestidos que alcanzan a rozar el suelo. Lo anterior corresponde a unas de las ciento cincuenta y un láminas que ilustraron tres pintores²² para la *Comisión Corográfica* de la Nueva Granada. Pareciera que estas láminas ayudaran a completar esa imagen del territorio nacional, dándole protagonismo a las costumbres regionales del XIX, mostrando a sus gentes y la relación con su entorno, la naturaleza en sus distintos pisos térmicos. Sin embargo, detrás de todas estas ilustraciones se esconden otros procesos políticos que en vez de mostrar, se proponen invisibilizar a sus gentes.

²² Ellos fueron: Carmelo Fernández, Manuel María Paz y Henry Price. Todas las láminas de la Comisión Corográfica están en el archivo digital de la Biblioteca Nacional:

<http://www.bibliotecanacional.gov.co/content/láminas-de-la-comisión-corográfica>

Después de la ruptura de la Gran Colombia (1819-1830), todavía la idea de nación no había adquirido fuerza suficiente en los habitantes de la República de la Nueva Granada. Primaba aún el desconocimiento de esta nueva demarcación geopolítica tanto en los gobernantes como en las demás personas que habitaban el territorio, porque ni siquiera en la mente de cada uno de ellos vivía la imagen de una comunión (Anderson, 1993). Por lo tanto los proyectos para levantar un mapa sobre el territorio nacional fueron más que nunca necesarios. Fue así como surgió la *Comisión Corográfica*:

Es incuestionable la urgente necesidad de que se levante la carta jeográfica de la República. La exploración, mensura y deslinde de nuestros ricos baldíos; el descubrimiento de nuevas minas, el hallazgo de maderas de construcción, de palos de tinte, de bálsamos i resinas; la adquisición de nuevos terrenos para la agricultura i ganadería; el conocimiento de los ríos, del curso de sus aguas, i de su parte navegable; la fijación de las mejores líneas para la más pronta y fácil comunicación; en fin, todo lo que más puede influir en el desarrollo de la riqueza i prosperidad del país está íntimamente relacionado con el trabajo de que hablo. (Nieto, 2010a, p.48)

Así también, las gentes que aparecen en las láminas, cumplieron un papel esencial para los proyectos de la nación: sus diferencias raciales, su vestimenta, su entorno, su modus vivendi son resaltados y leídos como aptos o no aptos para conformar una población nacional deseada:

Con los vestidos, la lámina ofrece información sobre el clima, otro aspecto de gran importancia para definir los lugares desde la perspectiva de la Comisión. La población no sólo se representa en términos raciales, sino también sociales. Los ‘notables’ de cada región, por lo general, aparecen en escenas domésticas y ciudadanas, mientras que cuando se retrata a otros pobladores éstos suelen aparecer en su medio geográfico.” (p.51)

Detrás de todo este inventario corográfico se esconde lo que Alfonso Múnera (2005) llama “el mito de la nación mestiza”, que consistió en un proyecto de blanqueamiento, preocupado, más que por la gente que habitara la nación misma —los que han estado siempre en las tierras que más adelante se contendrían en los croquis oficiales—, por la mirada extranjera o, más exactamente, por la mirada europea:

La idea de la naciente república, dotada de un mestizaje más o menos completo, ha servido para ocultar a los ojos de los estudiosos de la historia colombiana uno de los ejes centrales sobre los que giró la formación misma de la nación en el siglo XIX: el descomunal esfuerzo por someter y

suprimir las razas negra e indígena del territorio patrio, y la construcción temprana, desde los textos fundacionales del pensamiento criollo colombiano, de una idea de nación brutalmente violenta y excluyente de las llamadas razas inferiores. (Múnera, 2005, p.40)

Bajo estos principios operaron las láminas de la Comisión Corográfica. Si los negros y los indígenas fueron dibujados en las láminas, fue precisamente para demostrar que no debían estar allí y deberían ser reemplazados o “mejorados”, es decir, blanqueados. Muchos intelectuales criollos justificaban esto en sus trabajos. Por ejemplo, los trabajos de José Ignacio de Pombo influyeron profusamente en la construcción de un imaginario de nación que emulara al europeo:

Pombo no culpó a la geografía ni al clima del atraso de los pobladores de la costa Caribe. No obstante, estaba convencido de que la región sólo se podía civilizar fomentando la disminución de la población de negros e indígenas, a los cuales señalaba como seres peligrosos y ajenos al progreso, a los que había que mezclar y educar para conducirlos a la civilización. (p.86)

Esta idea de mejorar la raza está presente en *La otra raya del tigre* y se ve reflejada en el obispo de Pamplona que, a pesar de desaprobar el libertinaje sexual de Geo von Lengerke y sus creencias desentendidas del catolicismo, ve en él y en los demás inmigrantes alemanes un medio para embellecer la raza de los santandereanos:

Varios traen esas mujeres altas, de largos huesos, de cabello pajizo, de nostálgico mirar azul. Pero los más se proveerán de lo que da la tierra; no una sino muchas veces han corrido y correrán peligro por la mujer del prójimo. Requiebran con galanura, con decisión, acostumbrados al asentimiento. Mejorará la raza, piensa el abuelo con sonrisa burlona, recordando que el obispo de Pamplona comentó que si no son católicos son buenos trabajadores, y que si no son castos embellecen la raza. (Gómez Valderrama, 1989, p.68)

Es así como el deambular sexual de la cabalgata milenaria de alemanes fue dejando desperdigadas por las tierras granadinas, como si se trataran de semillas, sus rasgos genéticos para blanquear al campesino que antaño se mantuvo sumergido en la oscuridad más profunda de su raza menor: “En diez años la cabalgata colmó las provincias de Soto y del Socorro, de los hombres silenciosos y rubios que procreaban infatigablemente, regando ojos azules y matas de pelo dorado sobre la población” (p.71). Por eso fue tan importante que se mostrara una nación

amigablemente mestiza: la República de la Nueva Granada recibió con muy buenos ojos y los brazos abiertos a la inmigración europea, porque, entre otras cosas, figuraba como el tipo racial ideal.

La fiebre de la quina

...y de allí surgió la fiebre, como fiebre del oro; la quina anaranjada, la quina roja, giraban en la mente de los cazadores de fortuna. Se inició la odisea, la afluencia, los bosques de Santander empezaron a ser violentados por los machetes sedientos de oro. Los hombre morían, las flechas de los indios los sacrificaban, ellos mataban a los indios, los cadáveres quedaban pudriéndose en la selva hasta la refinada blancura de los esqueletos desnudos. La fiebre corría, la quina paradójica la encendía.

La otra raya del tigre

Desde el siglo XVII varios pensadores ilustres empezaron a ver a la naturaleza como una fuerza negativa que el hombre debía menoscabar: “Francis Bacon tomó otro rumbo al concebir la «naturaleza» como una fuerza que los hombres debían conquistar y dominar: aparece aquí la oposición entre el hombre y la naturaleza.” (Mignolo, 2007, p.21). Esta oposición siguió presente siglos después y en el XIX se agudizó con la idea de progreso. Creyeron, entonces, necesario abrirle caminos a la selva, extraer los bienes naturales para provecho comercial, sacar a los hombres salvajes de su interior e integrarlos a la sociedad.

En la segunda mitad del siglo XIX, las casas de comercio alemanas instaladas en la Nueva Granada, lograron dominar varias de las exportaciones internacionales con destino a Bremen. Uno de los productos principales de agro exportación fue la corteza de quina²³. En 1874 la explotación de la quina en Santander estuvo a cargo de Pablo G. Lorent, Ernesto Cortissoz y Geo von Lengerke. Los lugares de extracción fueron las zonas boscosas de Sogamoso, Lebrija,

²³ “En la Nueva Granada la distribución de quinas de los géneros Cinchona y Cascarilla se dio principalmente en el piedemonte amazónico, en límites con la cordillera de los Andes, el Nudo de los Pastos, la bota caucana y los territorios del actual Magdalena Medio, en donde estuvieron los principales centros de acopio de la región como Popayán, Pasto, Almaguer, Mocoa y Bucaramanga”. (Sastoque, 2011)

Opón y Carare (Sastoque, 2011). A esta región le correspondió el tercer auge quintero que inició en 1877 y culminó en 1882 como consecuencia del colapso del mercado alemán en 1878²⁴, que hizo que disminuyeran drásticamente los productos de agro exportación potenciales de Colombia. Las prácticas de esta corteza se veían interrumpidas a menudo por los conflictos que surgían entre las compañías quinteras debido a los desacuerdos en la repartición de tierras avaladas por el gobierno:

Entre 1860 y 1900, el gobierno otorgó numerosas tierras baldías, beneficiándose principalmente las empresas y los grandes comerciantes exportadores –dada su importante influencia en los gobiernos locales y nacionales–, los cuales recibieron grandes cantidades de terrenos baldíos. Un ejemplo es el caso del alemán Geo Von Lengerke en Santander. Esta variedad de mecanismos en la adjudicación aumentó la competencia y los conflictos por la asignación de tierras, pues en muchas ocasiones los gobiernos de los estados soberanos no estaban de acuerdo con la adjudicación del gobierno de la Unión –o viceversa–, o eran tierras que en la práctica no se encontraban baldías ya sea por colonización reciente, quinteros individuales, o por ser territorios indígenas, cuyos habitantes fueron objeto de caza, exterminio o esclavitud para garantizar la fuerza de trabajo en las selvas. (Sastoque, 2011)

Quedaban, pues, relegados los peligros de la naturaleza (el paludismo, la fiebre amarilla, los jaguares y los caimanes) y empezaba a ocupar mayor atención la pelea por la concesiones de tierra. La búsqueda ambiciosa de El Dorado volvía a surgir con la fiebre de la quina y ante la realidad violenta que consumaba la selva, se desmoronaban las míticas riquezas que antaño atrajeron a los colonizadores:

La transformación de la selva paraíso en selva infierno puede ser resultado, simplemente, de una decepción que ha seguido a la exagerada mitificación *a priori* de su espacio cerrado. La idealización de un escenario donde se localizó, desde el descubrimiento de América, el mirífico reino de El Dorado, de las Amazonas o el Paititi y, luego más prosaicamente, las riquezas caucheras o petroleras, al ser confrontada con una realidad difícil y violenta provoca la reconversión de los mitos. (Aínsa, 2002, p.114)

²⁴ “Con el fin de comprender la precaria naturaleza de la economía colombiana de monocultivo, cabe anotar que en el momento en que el mercado se vino abajo Bremen recibía el 89% de las exportaciones colombianas de tabaco, pero únicamente el 13.7% de las importaciones de tabaco provenían de Colombia” (Johnson, 1984, p.129)

Todos los árboles *chinchona* fueron derribados y los hombres, sin pensar en una producción a largo plazo, dejaron sin reforestar las áreas taladas, haciendo caso omiso a las observaciones preventivas de científicos como Francisco José de Caldas, quien se mostró preocupado por las prácticas despilfarradoras que suponía la extracción de esta corteza:

La extracción no requería asentamientos permanentes ni carreteras porque los trabajadores simplemente se adentraban más en la selva a medida que cortaban los árboles. [...] En 1805 Francisco José de Caldas ya se había dado cuenta del potencial de la corteza de chinchona y había advertido sobre los riesgos de estas prácticas despilfarradoras. Aconsejó que solamente se cortaran algunas ramas de manera tal que el árbol continuara produciendo durante 30 ó 40 años, y que se plantaran nuevos árboles. (Johnson, 1984, p.142)

El descubrimiento de las propiedades curativas de la quina (febrífuga, antiséptica, tónica) fue una gran motivación para seguir adentrando el progreso a la región y adquirir un reconocimiento comercial a nivel internacional. Así también, conectó a las regiones del país a través de la navegación a vapor, reviviendo con las operaciones mercantiles varios lugares que permanecían hundidos en el olvido. Sin embargo, esto significaba también el exterminio de la selva y la esclavitud o muerte de los indios que se negaran a seguir con la causa de la quina. “Como todo lo que produce oro, el árbol de la quina se transformaba en árbol de la muerte” (Gómez Valderrama, 1989, p. 284)

Humboldt y su idea de América

América gótica, América romántica, el imperio sobre la selva, el regreso a los orígenes, el mundo fabuloso de los animales extraños donde coexisten el jabalí y el caimán, la garza feudal y el loro. Es una transposición del gótico solamente concebido en el romanticismo, en una persona formada, como él, en la huella romántica de Europa.

La otra raya del tigre

En el seno de una familia aristócrata creció Alexander von Humboldt, y más tarde, impulsado por los vientos liberales de la Revolución Francesa y luego del deceso de su madre, árbol que lo arraigaba a la tierra, decidió aventurarse, navegar hacia otros continentes y

consumar aquel anhelo de libertad que le henchía el cuerpo. Su gran erudición acaso se debió a ese deseo romántico de querer volver a los orígenes y abarcarlo todo con su mirada, como si se tratara de un pequeño dios. Fue así como combinó sus conocimientos científicos con el romanticismo: el ascenso al volcán Chimborazo no sólo significaba estudiar sus suelos, su fauna y flora; sino también estar en ese punto alto de la Tierra que, como un Ícaro, lo acercaría más al sol. Lo paradójico en Humboldt fue que mientras deseaba abarcar y describir con su mirada racional y romántica el mundo entero, terminó escribiendo para un público solamente europeo. Su deseo totalizador y universal jamás pudo superar el encuadre de su realidad europea.

Como uno de los mayores artesanos de la escritura, Humboldt compiló treinta volúmenes en *Travels to the Equinoctial Regions of the New Continent in 1799, 1800, 1801, 1802, 1803 and 1804* y “sus trabajos fueron la fuente de nuevas visiones fundacionales de América a ambos lados del Atlántico” (Pratt, 2010, p. 198). Todo lo que Humboldt había depositado sobre América en sus voluminosos libros era lo que leía la gente de Europa y aquella imagen del continente descrita en centenares de páginas era el referente más cercano que ellos tenían, convertido Humboldt en una especie de “enciclopedia ambulante”. Sus registros topográficos, orográficos, biológicos, antropológicos...iban mezclados con sus contemplaciones de la naturaleza, enmarcándola en una “estética espiritualista del romanticismo” (p. 220):

Como bien lo indican los títulos de sus trabajos, Alexander von Humboldt reinventó la América del Sur en primer lugar y sobre todo como naturaleza. No la naturaleza accesible, recolectable, reconocible, categorizable de los linneanos, sino una naturaleza impresionante, extraordinaria, un espectáculo capaz de sobrecoger la comprensión y el conocimiento humanos. No una naturaleza que espera sentada a que la conozcan y posean, sino una naturaleza en acción, dotada de fuerzas vitales, muchas de las cuales son invisibles para el ojo humano; una naturaleza que empequeñece a los seres humanos, demanda su ser, despierta sus pasiones, desafía sus poderes de percepción. (p.215)

Fue así como la naturaleza americana se volvió altamente contemplativa, un espacio que también inspiraba a escritores románticos. En aquella reinención de América²⁵ del Sur, Mary

²⁵ Otros teóricos como Walter D. Mignolo (2007) han pensado en esta invención de América sin separarla de su matriz colonial en aquel acto de volver a nombrar las tierras: “La teoría de la <<invención de América>> se formula

Louise Pratt (2010) detecta tres imágenes metonímicas que podían resumir muy bien la idea que Humboldt ofrecía del subcontinente en *Cuadros*, caracterizado por un reino vegetal exacerbado donde la figura humana muchas veces se perdía:

Tres imágenes en particular, todas canonizadas por los *Cuadros* de Humboldt, se combinaron para formar la representación metonímica estándar del ‘nuevo continente’: superabundancia de bosques tropicales (el Amazonas y el Orinoco); montañas coronadas de nieve (La Cordillera de los Andes y los volcanes de México); y vastas planicies interiores (los llanos de Venezuela y las *pampas* argentinas). (p. 223)

Eso era entonces América del Sur, una explosión verde²⁶: bosques, montañas y planicies; y era lo único que el ojo extranjero decimonónico podía ver: “fue indudablemente la imagen de la naturaleza virgen elaborada en sus obras científicas y en sus *Vistas* la que terminó por codificarse en el imaginario europeo como la nueva ideología del ‘nuevo continente’” (Pratt, 2010, p. 224). Un ejemplo lo podemos notar en los extractos de sus diarios, editados bajo el título *Alexander von Humboldt en Colombia* (1982), donde incluso en sus anotaciones científicas sigue insistiendo en aquella ocupación vegetal que destaca al subcontinente, pensando siempre en el asombro que pudiera generar en su público lector europeo: “...Cómo pudieron escapársele al excelente Jacquin, estos 2 arboles y especialmente la enorme y majestuosa *Canivalesia Flor. Peruv.* de tronco grueso, de fruta cítrica (la vimos cerca del volcán). Y en Europa se cree que conocemos más de los 2/3 de la vegetación existente!” (p.7,a)

Los viajes al Sur del continente no lo dejaron exento de las mismas impresiones que tuvieron antaño los conquistadores: “el ‘veedor’ de Humboldt es también un doble autoconsciente de los primeros inventores europeos de América: Colón, Vespuccio, Raleigh y los

desde el punto de vista de colonialidad y así revela que los avances de la modernidad fuera de Europa depende de un matriz colonial de poder que incluye la acuñación de nuevos términos para nombrar las tierras apropiadas y los pueblos que las habitaban”. (p.32)

²⁶ Así es como en la novela *La otra raya del tigre*, Geo von Lengerke, comerciante alemán, describe a América, por su preponderancia salvaje, vegetal, donde muchas veces no hay espacio para los humanos civilizados. Y aquella imagen de explosión verde era lo que a Lengerke le había quedado como recuerdo de sus conversaciones con Humboldt: “...todo en ese continente era verde, de un verde indecible, de un verde inimaginado.” (Gómez Valderrama, 1989, p. 319)

demás. También ellos escribieron a América como un mundo natural primordial [...] un mundo cuya única historia estaba aún por empezar.” (Pratt, 2010, p. 224). El asombro por el continente se volvió recurrente y la idea de América neonata se estaba dando por segunda vez²⁷: “Trescientos años después esa fantasía edénica resurge en el renovado primer contacto de Humboldt. Hasta se revive el rótulo de ‘Nuevo Continente’, como si los tres siglos de colonización europea no hubieran sucedido o no hicieran diferencia alguna.” (p.225). De esta manera volvían los peligros de la selva en las descripciones de sus diarios, se veía a América como una amenaza permanente:

Puesto que el bosque en Turbaco está por todas partes tan cerca, en tiempo de lluvia se padece enormemente a causa de los zancudos, lluvia...el pueblo también está lleno de culebras, tan grandes que hasta comen gallinas. Todas las noches los murciélagos provocan un atroz alboroto, porque las culebras trepan al techo de nuestra casa, se deslizan en el cuarto y persiguen a los murciélagos. En Europa se aterraría uno seguramente, ante la sola idea. (1982, p.7,a)

Habría ahora que pensar esa reinención de América desde el plano de la experiencia, cuál era la geografía mental que estaba construyendo Humboldt en aquellas tierras desconocidas, puesto que “hay siempre una representación del espacio que organiza la realidad en función de la perspectiva que la guía” (Aínsa, 2002, p. 14). No era de extrañar, entonces, que en su deambular por aquel mundo nuevo (para él), siempre tuviera en mente los paisajes europeos y los usara de referente a la hora de juzgar la naturaleza americana. Lo anterior lo podemos ver claramente en el contraste que Humboldt hace entre el Salto del Tequendama y la caída del Rhin:

Pero yo no puedo menos que decirme a añadir que: la caída de agua del Tequendama es un espectáculo grandioso, hermoso, y en la parte inferior un atroz Aqueronte. Pero a pesar de la vegetación indígena, del abismo y la gran altura, nuestra caída del Rhin alemana permanecerá siempre en mi ánimo alemán como una impresión perdurable. El terrible estruendo que se capta

²⁷ Fernando Aínsa en *Espacios del imaginario latinoamericano* reflexiona sobre esta idea de cómo el asombro ante lo desconocido es una fácil apertura para volver hacia atrás en la historia, y concebir y representar el espacio americano como un continente nuevo, una *tabula rasa*: “Frente a la pampa, la sabana o el llano, al altiplano, la selva o esa geografía inédita sin cartografía, se ha repetido el proceso inicial de ‘bautizo’ de la realidad vivido en los bosques inhóspitos, las brumosas tierras nórdicas y los mares procelosos de la Europa medieval, tal como los describen sagas y poemas épicos” (2002, p. 15)

desde la Galería, el mar de espuma que pasa corriendo con toda la fuerza junto a uno, conmueve el espíritu e invoca pensamientos grandiosos y solemnes. (1982, p. 69-70,a)

Volviendo a esa idea de la perspectiva que guía aquel acto de imaginar y representar un espacio, resulta conveniente detenernos en la posición del explorador decimonónico y preguntarnos, por ejemplo, cómo Humboldt y Bonpland recorrieron el espacio americano, qué tanto penetraron sus selvas, por cuánto tiempo y desde dónde las observaron²⁸, pues no es lo mismo bosquejar un paisaje desde lo alto de una torre, erigida en una zona de confort cuidadosamente amurallada, que saliéndose de ella:

América del Sur no tenía que ser inventada o reinventada como naturaleza primigenia. A pesar del énfasis que pusieron sobre esa naturaleza primigenia, en ninguna de sus exploraciones Humboldt y Bonpland dieron un solo paso más allá de los límites de la infraestructura colonial española: no podían hacerlo porque dependían enteramente de las redes de aldeas, misiones, puestos de avanzada, haciendas, caminos y sistemas de trabajo colonial para mantenerse y sostener su proyecto; para obtener comida, abrigo y mano de obra que los guiara y transportara su inmenso equipaje. (Pratt, 2010, p. 226)

Vemos, entonces, con los trabajos de Humboldt una doble función sobre el continente americano: si bien hizo una reinención de este, también logró con sus anotaciones científicas incluirlo en el mundo: “Las frecuentes comparaciones, muchas de ellas posibles en términos cuantitativos y bajo estándares comunes, no sólo permiten ver las semejanzas y las diferencias, sino que hacen del Viejo y del Nuevo Mundo partes del mismo universo” (Nieto, 2010b, p. 28).

²⁸ Sobre esta cuestión de conocer *verdaderamente* el espacio, sorprende el hecho de que Francisco José de Caldas, mucho antes de conocer a Humboldt en persona, escribió una carta dirigida a Santiago Arroyo en 1801, donde le confesaba su desconfianza ante los trabajos que el científico alemán pudiera hacer sobre el Reino de Nueva Granada: “¿podemos esperar algo útil y sabio de un hombre que va a atravesar el Reino con la mayor velocidad? ¿Es de creer que haga buenas observaciones astronómicas, físicas, mineralógicas y botánicas en tres o cuatro meses? Quién sabe si va a llenar de preocupaciones y de falsas noticias a la Europa, como lo han hecho casi todos los viajeros”. (Caldas citado por Nieto, 2010b, p.52-3).

3. ESPACIOS ABIERTOS

Las selvas granadinas: reino del tigre y del indio

Las selvas seculares, los silenciosos ríos, los cerros con sus elevados escarpes y sus coronas de rocas eternas, todo desde tan alto parece pequeño, deprimido, sin ruido ni agitación; y, sin embargo, allí hierve un mundo entero de animales montaraces, de reptiles enormes, de aves que crecen y mueren sin ser vistas por el hombre: allí todo es colosal y exuberante, y nuevos seres se suceden y acumulan sobre las ruinas de árboles gigantescos que el curso de los siglos ha derribado; un precipicio tremendo separa estas regiones del cerro de Piedra-blanca, fugas de viento pasan por encima del observador, doblando y haciendo crujir los árboles que le rodean, y de repente el rumor cesa; el viento se ha precipitado al abismo, donde apenas se ven remolinear las copas del bosque más cercano, y después nada, silencio, quietud y sombras.

Manuel Ancízar, *Peregrinación de Alpha*

Estas selvas del Magdalena que bordean las serranías de Antioquia son uno de los principales espacios descritos en la novela. Sabemos su importancia por el impacto que causa en el personaje Lengerke, un aventurero menor del XIX que trajo tras él su animado séquito alemán a materializar sus ambiciones en el Estado Soberano de Santander, como se hacía llamar en aquel entonces. No tenía el prestigioso título vitalicio de *Almirante de las islas y tierras firmes* concedido por unos reyes, y tampoco llegó en una nao cuyo nombre se recuerde; pero tuvo el mismo deseo milenario de fundar un imperio, usufructuar las tierras y de paso civilizarlas²⁹. Su llegada a la Nueva Granada en 1852 no fue nada fortuito.

²⁹ Para Lengerke, a diferencia de los españoles, civilizar no era igual a evangelizar. Aunque ateo, en Santander lo tildaban de luterano. Más bien, la única religión que profesaba Lengerke era la del progreso y la voluptuosidad.

Alimentado por las aspiraciones románticas del intelectual europeo de su tiempo, soñaba, en un comienzo, con el mito del buen salvaje³⁰ que, “en esencia, alaba la pureza de costumbres de los primitivos, que representan el estado de naturaleza al no estar degradados, ni corrompidos por la civilización” (Fernández, 1989, p.146). Él ya tenía una imagen prefabricada del continente americano, gracias a los libros que había leído más las conversaciones que sostuvo con Alexander von Humboldt. Y precisamente las selvas granadinas figuraban como el hábitat ideal, que le permitiría cumplir aquella utopía³¹ de volver a los orígenes:

El Buen Salvaje llega a la Ilustración y es el habitante máximo de la isla de Utopía. Los españoles que vienen al Nuevo Mundo, los europeos de todas partes que ponen allí su planta, sufren una transformación especial. El indiano, el europeo venido a América, es ya un hombre diferente. La leyenda del Buen Salvaje, el hermoso mito que proyectó América sobre Europa, es sin duda alguna una segunda instancia de las utopías del Renacimiento. La Ilustración la perfecciona. Cuando el Barón de Humboldt visitaba a América, tuvo esa misma transformación, en el fondo de la cual hay el trasunto libertario. (Gómez Valderrama, 1995, p.230)

En la novela se recrea a Lengerke a partir del asombro al pisar una tierra desconocida. Lo primero que lo sorprende al llegar es aquel verde que abrazaba y lo comprendía todo: “Dijo que cuando lo dejó el barco en Santa Marta, se sintió físicamente perdido entre la selva, ahogado por la explosión verde” (Gómez Valderrama, 1989, p. 9). Un verde espeso que también anidaba coloridos papagayos y micos peligrosos, verde líquido donde también reposaban caimanes corpulentos. Esta selva despertaba ante la mirada de Lengerke la sensación de acaso estar presenciando el paraíso. Sin embargo, como toda selva, provocaba adhesión o rechazo. En *La otra raya...* “el paisaje está integrado a la acción de los personajes; la naturaleza es un elemento activo de la narración” (Iriarte, 1978, p. 40). La vastedad del espacio de la selva, en algunos casos, puede sugerir abrigo y libertad:

³⁰ Claro está que más adelante se desviaría de tal aspiración, también por lo irrealizable, y empezaría, como un pulpo, a hurgar en todos los asuntos de Santander, desde su posición de extranjero e insaciable comerciante: “Cuando vine, soñaba con el mito del Buen Salvaje. Aspiraba a llegar a la naturaleza, incorporarme a ella, regresar al estado natural. Todo lo que le oí al viejo Humboldt. Realizar a Rousseau, los sueños liberales. Y me veo ahora apoderándome de ella, sometiéndola incluso con violencia, luchando para exprimirle el oro”. (Gómez Valderrama, 1989, p.118)

³¹ “Ciertamente, el buen salvaje está situado en una forma particular de utopía, la utopía individualista” (Gómez Valderrama, 1972, p.16).

En el caso de Geo von Lengerke, la ‘Naturaleza’ [...] está representada por las exuberancias de la vegetación, lo extraño y lo descomedido de la fauna (el tigre, el caimán) [...] La vastedad del espacio (cuya expresión política ha de buscarse en la ausencia de una autoridad verdadera, en la impotencia o la arbitrariedad de las autoridades locales, si las hay, y en la flojedad de los lazos que unen las zonas periféricas a la sede del poder central) [...] no puede menos de producir en quien acaba de escapar a las reglamentaciones, limitaciones e inhibiciones de la vieja Europa una sensación de libertad igualmente desorbitada e inmensa. (Volkening, 1977, p.320-1)

Esta sensación de libertad es lo que Volkening llama la *anarquía tropical*. Sabemos que la selva, mundo entrañable donde las leyes humanas y todo vestigio de autoridad no alcanzan a llegar, siempre ha figurado como el resguardo por excelencia de los esclavos cimarrones o para cualquiera que se encontrara privado de su libertad; en lugares así el hombre puede contentarse con el espacio anárquico para “desbordarse, rebasar los límites de la condición humana, adquirir dimensiones de dionisiaco frenesí y degenerar, a medida que se va insinuando la inmensidad del espacio, en una suerte de delirio de grandeza” (p.321). Estas formas de libertad que sugieren los espacios ilimitados, se presentan en la novela de varias maneras.

Lengerke en la novela no llega a desarrollar como tal una forma de libertad en la selva, “de ahí que la libertad que le depara la anarquía del trópico, lejos de ser vivida en toda su plenitud inconmensurable, se manifieste, primero que todo, en su libertinaje —en sí de tropical exuberancia. Como si perteneciera a la estirpe de los Buendía, riega espurios por todas partes” (p.322)³². Otra forma de libertad la vemos en el personaje Holofernes Contreras, uno de los reos³³ que empezó a trabajar en el camino hacia Barranca y más tarde se metió en “la bonanza efímera”³⁴ y letal de las quinerías:

Habló de las soledades de los montes, le refirió a Lengerke de una ocasión en que estuvo solo durante un mes, y acumuló tanta corteza que después no pudo transportarla solo. Hay, decía, un atractivo especial en andar por entre una tierra de Dios o del Estado, con la cual no hay un vínculo de propiedad, que acaba por parecerle a uno toda propia. Holofernes hablaba de las noches bajo

³² Esta forma de libertad de Lengerke se refleja en los espacios sadianos que configuran el castillo Montebello, aspecto que desarrollaré más adelante.

³³ En 1866 “se decidió que los prisioneros se dedicarían a trabajar en las carreteras y el presidente podría asignarlos al proyecto que él considerase prioritario” (Johnson, 1984, p.203).

³⁴ Expresión que usa Sastoque (2010) para referirse a la quina, el tabaco y el añil.

las estrellas, en que el oro nocturno daba una increíble sensación de riqueza y poder. (Gómez Valderrama, 1989, p.288)

Es así como la ausencia de autoridad en la selva hacía que los quineros solitarios hicieran parte de aquella *anarquía tropical* y empezaran a rebasar los límites de su condición humana. La aventura de la quina, además de los peligros de la selva, traía consigo el malestar de la disputa entre las compañías:

En las soledades remotas había de pronto comenzado a sentir que la aventura de la quina cambiaba, cómo antes de saberlo había sentido que la quina se había vuelto voraz, que ahora los quineros solitarios no estaban solamente amenazados por la naturaleza sino por el choque de las grandes compañías que se disputaban la corteza. (p.289)

La soledad selvática, sin embargo, podía engendrar con el tiempo otros peligros, haciendo que la sensación de libertad, riqueza y poder disminuyera considerablemente: “Pero lo más peligroso de estar solo es la vaga sensación, que casi nunca desaparece, de que alguien lo está observando a uno, de que alguien, siempre, está mirándolo fijamente” (p. 289). Los seres míticos de la selva se sumaban a los temores de Holofernes delirante, perdido y cercano a la locura: “le contó que en noches sin sueño había oído el canto siniestro de la llorona, el ulular salvaje de la madre monte” (p.289). En aquellas condiciones extremas de soledad, alguien como Holofernes podía llegar a despertar fuerzas y temores ocultos que jamás creyó albergar. Razón tenía Bachelard (1997) al afirmar que también “el bosque es un estado del alma” (p.224).

No todos los reos contaron con la suerte de Holofernes, y siguieron trabajando encadenados en medio de la selva. Los caminos y la infinitud del espacio, cielo y tierra, le recordaban al reo su tamaña condena:

Pero tal vez el peor destino de estos hombres, su máxima condena, es la de trabajar amarrados, encadenados en el camino, que es la expresión de la libertad, la manera que tiene el hombre de arrancarse de lo que lo sujeta y lo asfixia. [...] Un preso con el guarda al lado, en una extensión como ésta, viendo los cerros distantes, la lejanía, el cielo azul, está más preso, su privación de la libertad es más cruel. (p. 153).

Revivían, a su manera, la historia de Tántalo: desesperados por alcanzar la libertad, alimento del alma; la enorme selva se alejaba de ellos, al no poder deshacerse de sus ataduras de hierro.

No olvidemos que aquella cualidad ilimitada³⁵ de los bosques y selvas puede volverse en contra del hombre y, en vez de libertad, provocar total desamparo y una sensación de reclusión por su disposición laberíntica: “No hace falta pasar mucho tiempo en el bosque para experimentar la impresión siempre un poco angustiada de que ‘nos hundimos’ en un mundo sin límite. Pronto, si no se sabe a dónde se va, no se sabe tampoco dónde se está” (Bachelard, 1997, p.222). Es así como los personajes terminan configurando el espacio de la selva, según las formas de libertad que experimenten. Los reos no tienen la misma movilidad geográfica que tiene Holofernes o los indios, pues no son libres de hacerlo ya que su experiencia de recorrer el espacio está cohibida por el peso de las leyes. El imaginario que ellos tendrán de la selva, en vez de ilimitado, será un espacio totalmente cerrado, una prolongación más de sus cadenas. En cambio, los quineros solitarios, aunque perdidos, pueden moverse libremente y el imaginario que tendrán será el de una selva inconmensurable, infinita.

La insularidad de la selva versus la idea de progreso

De vez en cuando, alguno quedaba ensartado en las flechas de uno de los indios de Juan Aranda o de Carlos. Otro era llevado en guando hasta el poblado, a morir de fiebre amarilla, de tifo, de disentería. El suelo virgen tomaba sus altos impuestos de los que lo profanaban.

La otra raya del tigre

El hombre en su afán por perpetuar las formas del progreso, vuelve finito el espacio de la selva, pensándolo en términos explotables, humanos. En *La otra raya del tigre* la selva se defiende y se vengá de quien viole su incontaminada pureza:

La identificación del ámbito selvático como Paraíso primordial, cuya pureza es frágil como lo es la virginidad que garantiza su equilibrio. El hombre, al penetrar en su espacio sagrado, viola la

³⁵ Este exceso que implica el espacio ilimitado también se refleja en la literatura en paisajes como las pampas y los desiertos y, de igual manera, puede llegar a conducir a los personajes a una reclusión mucho más severa por lo inabarcable: “En razón misma de un exceso de caballo y de libertad, y de este horizonte inmutable, pese a nuestras desesperadas galopadas, la pampa tomaba para mí el aspecto de una cárcel más grande que las otras” (Supervielle citado por Bachelard, p.260).

pureza y transforma el Paraíso en un Infierno. La naturaleza se venga del intruso que se ha atrevido a penetrar en su espacio. (Aínsa, 2002, p.108)

La pureza de la selva granadina fue mancillada y herida por las luces de una modernidad incipiente que intentaba establecerse en las tierras granadinas. Progreso y selva empezaron a operar como antónimos, y la insularidad de esta última fue socavada por el hombre armado de machete. Ahora los hombres se enfrentarían a la furia del suelo profanado:

En el invierno era duro trabajar en medio del barro, cuando las bestias se enterraban hasta el vientre, y el paludismo aparecía con crueldad. [...] Once de octubre, y dos, tres, cuatro días de fango, de troncos que caían. Tres de noviembre, un rayo mató la mula que había montado, a pocos pasos de él. Trece de enero, un enorme barranco se les hundió bajo los pies, y a su propio riesgo alcanzó a asir al vuelo a Domingo Duarte que caía. (Gómez Valderrama, 1989, p.104)

La selva provoca una condición de insularidad. Al respecto, Fernando Aínsa (2002) habla sobre cómo el *topos* de isla en la literatura no tiene que ser precisamente una porción de tierra rodeada de agua. Aquella insularidad deberá ser leída también como una voluntad de quienes habitan la tierra:

La primera utopía de la historia del género se funda, pues, en una isla que es el resultado de una voluntad de ‘insularidad’ y no de un accidente natural de la geografía. Desde entonces las utopías tendrán por escenario privilegiado las islas y su vocación primordial será el ‘a(isla)miento’ y la autarquía que se le adjudica como virtud de incontaminada pureza. (p. 38)

En la novela son los indios yariguíes quienes defienden, además de su hogar selvático, su voluntad de a(isla)miento al impedir con sus flechas letales el paso de los hombres que construyen los caminos. La oposición hombre/naturaleza empieza a difuminarse y lo que encontramos ahora es una lucha entre el indio y el hombre³⁶ que quiere acabar con la insularidad de la selva:

³⁶ Aquí entran hombres y mujeres que viven fuera de un entorno selvático, y están en contacto permanente con los procesos modernos del XIX. Muchos de ellos no podrían ser llamados necesariamente “civilizados” si aquello implica tener un nivel cultural elevado (que emule al europeo), pero participan de manera activa o pasiva (ya sea como obreros, comerciantes, presos, hacendados) en la tarea de explotar la selva, derribar los árboles, construir caminos.

Los indios hostilizaban frecuentemente la apertura del camino. Yariguíes salvajes, arrinconados en sus reservas hacia el Magdalena, la soledad de la selva, los peligros del jaguar, de la culebra, del paludismo y la fiebre amarilla, se cernían sobre el grupo de trabajadores y sobre sus patronos. La aspiración de seguir al Norte, de abrir las nuevas tierras, se convertía en un desolado panorama de enfermedad y de riesgo permanente de la vida. Con frecuencia, en medio de los trabajos, se desplomaba un hombre herido por las flechas. (Gómez Valderrama, 1989, p 102-3)

La insularidad tampoco debe ser leída únicamente como un rasgo de la selva. Esta también se vio reflejada en la incomunicación de todo Santander por el mal estado de las carreteras o la ausencia de ellas, lo que encarecía el transporte y hacía más lenta la llegada de mercancías de una ciudad a otra. Lo anterior se debió a las constantes guerras civiles, a la falta de fondos, a los desacuerdos y a los fallidos intentos de un experimento liberal y económico que en vez de concretarse, no hizo más que atrasar los procesos de modernización de la región. Helena Iriarte (1978) ve en el personaje Lengerke un símbolo del progreso y, por tanto, la solución para acabar con la condición de aislamiento de Santander, que lo asemejaba al pueblo Macondo de *Cien años de soledad*: “Santander era una especie de Macondo, aislado del mundo, hasta que Lengerke lo comunica con el resto del mundo; hasta ese momento parece que la única comunicación con el resto del país era a través de las guerras civiles” (p. 49). Lengerke se dedicó, además de otros proyectos ambiciosos donde pudiera ver reflejado su mundo europeo, a construir caminos, carreteras, abrirse paso entre la selva, enlazar pueblos, levantar puentes; es de esta manera como se acaba con la insularidad de un lugar: “La condición de isla de tierra firme se pierde cuando los senderos se ensanchan y se transforman en caminos y luego en carreteras que traen, sobre los puentes tendidos entre sus ‘orillas’ incomunicadas, formas de la temida civilización” (Aínsa, 2002, p. 41). El camino era para el personaje Lengerke, además de una forma de progreso, un modo imperial: “Los caminos: hay algo que le atrae, que le fascina, el trazo audaz, las piedras enormes en escalera, las curvas que se adosan a la topografía violenta, la naturaleza sin domar. Sentirse en un mundo extraño y ajeno, corregir los caminos, descubrir la riqueza”. (Gómez Valderrama, 1989, p. 27). Cada camino sería, entonces, una prolongación más de su imperio, un modo de apropiarse del espacio.

Estas formas de la temida civilización se presentan en la novela de varias maneras: el progreso como la desgracia para los indios yariguíes, el progreso como todo un engranaje ideológico que pretende emular la modernidad europea, el progreso como la llegada de la máquina dispuesta a agilizar las labores mercantiles de la región santandereana y del país en general, y el progreso visto desde su lado más oscuro, como diría Walter Mignolo (2007), que trae siempre consigo su complemento: la barbarie.

El lado oscuro del progreso

La locomotora –que el abuelo vio una vez en Bogotá, en la misma ocasión en que pudo conocer al gran Poeta-, surcará un día estos campos. Los betunes de la tierra que encontró Lengerke rezumando en el fango, en el camino de Barranca, harán la ilusión momentánea de la riqueza.

La otra raya del tigre

El progreso, aquella palabra clave que se repite una y otra vez en la novela, es un nombre que designa tanto tendencias ideológicas como filosofías de vida, nuevas disposiciones del espacio, la ciudad floreciente saliéndose de sus bordes y alcanzando más partes del país, devorando la selva, conquistando mentes e irrumpiendo en la intimidad de los hogares más modestos. “El progreso es también la civilización del cuerpo, ese *non castus* embellecimiento de la raza que avaló veladamente el obispo de Pamplona” (Ortiz, 2008, p. 162). El positivismo, el naturalismo, el luteranismo, las teorías de Darwin, los cables del telégrafo, los puentes, la locomotora, el divorcio, la libertad de cultos y de expresión, “un esplendor pagano de la burguesía” (Gómez Valderrama, 1989, p. 261): todo correspondía a un cambio de actitud, a un nuevo oleaje que prometía sacar a la gente de su pobreza material y espiritual.

Sin embargo, toda modernización implica un lado oscuro. En la novela estas formas del llamado ‘oscuro progreso’ están reflejadas principalmente en los caminos y en la extensión de la quina. Para entender cómo estas formas del progreso empezaron a establecerse en la Nueva

Granada, es necesario dejar de ver la civilización como lo opuesto a la barbarie, y empezar a concebirlas como complementos, pues no existe la una sin la otra³⁷:

Hoy, entonces, la categoría de barbarie es cuestionada por un intelectual indígena, al que Sarmiento habría considerado un indio bárbaro [...] Una vez que los términos adquieren significado dialógico y abandonan la lógica de la contradicción (civilización versus barbarie), la barbarie se ubica en otro lugar: la civilización de los criollos y europeos fue genocida y, por ende, bárbara. (Mignolo, 2007, p.23)

Walter Mignolo (2009) usa “el concepto del *lado más oscuro del Renacimiento* [que] subraya la renovación de la tradición clásica como una justificación de la expansión colonial y la emergencia de una genealogía (el período colonial temprano) que anuncia el período colonial y poscolonial” (p.167). Es por eso que en el siglo XIX se puede hablar todavía de una continuidad de las estructuras de poder similares a las que se dieron en la Colonia, claro que bajo otros nombres y formas. Así también, el momento histórico que conocemos como ‘el descubrimiento de América’ y toda la barbarie que llevó implícita (su lado más oscuro) fue indispensable para el surgimiento de la modernidad:

El ‘descubrimiento’ de América y el genocidio de esclavos africanos e indios son parte indispensable de los cimientos de la ‘modernidad’, una parte más significativa que la Revolución Francesa y la Revolución Industrial. Más aún, son la cara oculta, la más oscura de la modernidad: la ‘colonialidad’. Por lo tanto, excavar la ‘idea de América Latina’ implica comprender cómo nació Occidente y cómo se fundó el orden mundial moderno. (2007, p.18)

Algunas tradiciones tendrían que ser reformuladas porque dejaban de ser un aliciente para un pueblo que soñaba con el ruido de la locomotora recorrer sus paisajes, con más escuelas y con estar al tanto de la novedad europea. Varias herencias del pasado empezaron a ser cuestionadas: entre esas, el catolicismo que los españoles dejaron implantado. Cabe sacar a colación una cita de Manuel Ancízar donde, al igual que Lengerke y el abuelo, discurre sobre esta religión:

Pero ¿qué mucho que así vayan las cosas en orden a lo material, cuando en lo intelectual tiene que lamentar el patriota la ausencia de una simple escuela primaria? Fincan su empeño los

³⁷ A veces, para que notemos la luz en ciertos paisajes habrá que acentuar más la oscuridad.

zipaquireños en añadir lentamente piedra a piedra en la fábrica de una iglesia colosal, esponja que embebe inútilmente dineros que empleados en fundar escuelas y mejorar caminos, mantendrían hoy próspera y floreciente la ciudad, en vez de hallarse reducida a la condición de un apéndice inerte de la salina y un humilde contraste de la interminable iglesia. ¡Genio español, cuán adverso eres al verdadero y sólido progreso social! (Ancízar, 1970, p.27-8)

Allí radicaba, en parte, la gran rivalidad entre liberales y conservadores: además de los inconvenientes a la hora de decidir cómo administrar el país, la segregación se dio en un punto de vista religioso. Pero esto no sólo se reflejó en la religión sino, sobre todo, en la estructura colonial española que seguía vigente en la Nueva Granada, la cual, más adelante empezaron a erradicar con la llegada de nuevas ideologías: “La revuelta de los Comuneros, en 1781, sacó a flote el resentimiento existente contra la política colonial española, y en 1809 el Cabildo de Socorro puso aún más de presente la influencia de los ideales de la Ilustración” (Johnson, 1984, p.25). Vemos con lo anterior hasta qué punto la permanencia de esta herencia española representaba, en algunos casos, un obstáculo para el avance de una sociedad (según la clase de progreso que quería o necesitaba el pueblo, porque el progreso no es homogéneo).

La otra raya del tigre abunda en ejemplos para mostrar cómo en el siglo XIX se repite lo que antaño vivió América bajo el yugo de los españoles: “Al lado de los muertos de la malaria, de los del alcohol, de los del machete pendenciero, están esos muertos causados por los indios, causados por los blancos. La misma lucha que se inició con el descubrimiento” (1989, p.184). El título de la novela también cumple una función muy importante ya que es de naturaleza embrionaria, por lo que se le van adjudicando más connotaciones a medida que avanza el relato. En este contexto, hacerle una raya más al tigre es también el símbolo de la modernización. Esta premisa del progreso será rechazada por los indios yariguíes, sobre todo por el indio Carlos, jefe de la tribu:

—Carlos te dice que es tu enemigo, que no permitirá que abras el camino al gran río. Que la piel del tigre tiene muchas manchas pero el hombre no puede agregarle ninguna. Que las extensiones de la quina no serán tuyas, y que sufrirás—. (p.177)

Así también, hay un episodio en la novela donde Lengerke, como si se tratara de un segundo Colón³⁸, le hace una ofrenda a los indios yariguíes con baratijas, para que, a cambio, ellos no representaran un obstáculo más en la construcción de los caminos hacia el río Magdalena. Recibir esta ofrenda era, ante todo, la manera como los indios aceptarían dócilmente su propia destrucción:

Lengerke trajo un día dos enormes baúles con toda clase de baratijas que podían tentar a los indios: gorros de colores llamativos, collares, cuchillos, ropas, dulzainas, en fin, una generosa miscelánea que desplegó en la casa de Berta. Llamó luego a Domingo, y le pidió que le llamase al indio Juan, que vivía en el caserío cercano, ya casi entrado en la civilización había llegado a la conclusión de que Juan era el contacto y el informante de sus hermanos de raza. Siguió una larga conversación entre el indio, reservado y mohíno, y el alemán. El indio contestaba con monosílabos a las explicaciones de Lengerke que le ofrecía paz y regalos, a cambio del apoyo de los indios para poder seguir adelante el camino. (p.103)

Gómez Valderrama hace hincapié con estos episodios, acaso de manera borgiana, al aludir a una historia circular, donde todos los hechos se repiten, son uno solo. La destrucción de los yariguíes era también, simétricamente, la destrucción de los piel roja y de los incas; los hechos han sido los mismos y solo han variado los nombres y las circunstancias:

Como el caimán, como el tigre, el indio destinado a desaparecer daba su última batalla, producía las exóticas lanzas, las diademas de plumas que un día habrían de estar como adornos inertes en las chimeneas de los hogares europeos. ¿El Progreso lo justificaba? ¿Era adecuada la destrucción del hombre, como la de los incas, como la de los pieles rojas? A veces pensaba que en el catálogo de las fieras de Buffon le había faltado al naturalista incluir al hombre blanco, describir sus hábitos sanguinarios, su afición depredadora. (p.169)

³⁸ Esta alusión a un segundo Colón, a otra colonización de América queda más que esclarecida en palabras de Juan de Dios, quien relaciona directamente la raíz de la palabra ‘colonizar’ con el descubridor español: “Lengerke, eufórico, hablaba, trazaba proyectos, nuevos caminos, nuevos puentes, el progreso de Santander, las familias alemanas que venían a colonizar. -Geo,-le dijo don Juan de Dios- me inquieta esa palabra. Acabamos de salir de una colonización. Recuerde que Colón, al darle origen español a esa palabra, nos puso en manos de España. Nuestras colonias no vinieron del latín, vinieron de Colón.” (Gómez Valderrama, 1989, p.127)

En aquel intento por emular la industria de países como Inglaterra, la llegada de la máquina a la Nueva Granada también tenía su lado oscuro. Si bien agilizaba las operaciones mercantiles, muchas veces ponía en riesgo la vida de los hombres:

—Hace unos días, en San Vicente, me llegó uno de los peones de Montebello al almacén. Tenía en el brazo derecho el muñón liso. No le quedaba ni un dedo; sólo la palma de la mano. Le pregunté con qué se había herido, y me contó que metía caña al trapiche, y de pronto el mecanismo lo agarró. Lograron pararlo, pero le había triturado los dedos. Estaban inservibles. El hombre apoyó la mano en un tronco, y con un machete cortó él mismo, tajo por tajo, los cinco dedos. Cuando me contaba, me miraba la cara de horror. Su único comentario fue: ‘¡Y mi mamá llorando!’ —.

—Horrible, dijo Anselmo. Esos accidentes pasan mucho en Inglaterra, con los avances industriales. La máquina, el progreso, son amenazas para el hombre. (p.124)

Finalmente, para comprender de qué manera se fueron perpetuando las formas del progreso en el Estado soberano de Santander, no podemos olvidar que “no se puede ser moderno sin ser colonial” (Mignolo, 2007, p.32): en muchos casos, para que se pudiera establecer una sociedad burguesa con todos sus diversos goces materiales, era necesario sacrificar en el patíbulo de las casas comerciantes el hogar de los yariguíes y, a cambio, dejar pervivir sus raíces como *souvenirs* en los estantes de lujo, adquiriendo ese desgaste folklórico que atesta a los museos.

El río Magdalena

El anchuroso Magdalena rodaba pesado con sus montañas disueltas y sus caravanas de canoas chinchorreras. Este es el mismo río por cuya superficie bogaban las piraguas de los indios que defendían sus dominios como el tigre su guarida, sirviéndose de mortales flechas ante el avance de los conquistadores: por estas mismas aguas ascendieron los negros africanos en aciaga importación de esclavitud, mordidos por un sol libre que dejaba intactas sus cadenas; por esta misma ruta convulsionada subieron los champanes de la colonia trayendo a bordo virreyes y oidores, marquesas y espoliques rumbo a la Santa Fe cristiana...

Jaime Buitrago, *Pescadores del Magdalena*

El reino del bagre y del caimán es otro ‘espacio abierto’ de gran importancia. “Ha sido el puente geográfico entre la costa atlántica y el interior del país y la vía central de penetración y transporte tanto por conquistadores como colonizadores de la nación” (Alstrum, 2011, p.2). Todos los caminos corren airosos hasta llegar al río, donde podrán concretar su meta, su razón de ser: comunicarse con el mundo. También “se erige como el espacio simbólico fundamental de los encuentros y desencuentros de las culturas en tránsito con el Nuevo Mundo” (Henaó, 1999, p. 92). Es por ello un espacio de memoria donde confluyen incontables trayectorias. En otras palabras, el río es una zona de contacto, término que usa Pratt (2010) para referirse al:

Espacio de los encuentros coloniales, el espacio en el que personas separadas geográfica e históricamente entran en contacto entre sí y entablan relaciones duraderas, que por lo general implican condiciones de coerción, radical inequidad e intolerable conflicto. (p.33)

Esta separación geográfica e histórica se puede leer también desde Aínsa (2002) como un rasgo común en toda América Latina, puesto que sus tierras están conformadas por lo que él llama *islas culturales*³⁹, pueblos aislados, separados por monumentales brechas selváticas y que están sumergidos en eras diferentes:

En América Latina se acumulan, sin excluirse, las diferentes eras de la historia de la humanidad. Basta viajar desde la costa hacia el interior del continente para descubrir como las etapas de la historia, auténticas capas geológicas, ya desaparecidas en Europa, superviven milagrosamente en América. Viajar será, en cierto modo, ponerlas en contacto. (p.122)

En *La otra raya del tigre* se habla de dos épocas que trazan al tiempo la historia del país, ya sea desde el corazón de las guerras o desde su sombra: “El campesino se consume en las profundidades ancestrales, y los que mandan están en la cúspide del siglo XIX, cambian el champán por el buque de vapor, la mula por la cinta del ferrocarril” (p.96). El río ofrece la posibilidad de enlazar estos dos mundos que alberga la Nueva Granada; y es en él donde se concentra el recuerdo de las guerras, de las conquistas, los saqueos, las masacres, los

³⁹ “Cada escenario atravesado es independiente y constituye una isla cultural, verdadero universo cerrado y autónomo, con sus leyes y valores propios” (Aínsa, 2002, p.125)

colonizadores y colonizados. Cada vez que los ríos y caminos son transitados, viajados, se construyen cartografías que cambian según la perspectiva de quien la guíe y de los azares de la naturaleza:

El viaje es el camino. Los caminos que no transita nadie están muertos. Pero aún más, la materia del viaje es tan extraña que dos viajes por el mismo camino jamás son iguales. Ninguno repite el anterior. En cada uno algún aspecto humano lo hace diferente. La mujer que se cruza, el guerrero derrotado, el fraile peregrino. O es la naturaleza misma la que lo hace distinto: el rayo repentino, la borrasca, el sol quemante, el animal salvaje. (Gómez Valderrama, 1989, p.71)

Otras zonas de contacto

Las posadas y puentes también figuran en la novela como zonas de contacto. En las posadas, ciudades trashumantes cuyo germen medieval prevalece aún en el siglo XIX, se dan transacciones mercantiles e intercambios culturales similares a los que se ejecutaban en los puertos:

Cada vez diferente pero siempre la misma posada medieval que hace siglos trajeron los españoles, que ha dado refugio en las noches a los caminantes cansados, que divide la tierra templada de la tierra caliente y que la separa del altiplano, donde se mezclan todos los mundos, donde llega el gran señor con su séquito a compartir la noche con los humildes viajeros, con las actrices de la compañía de teatro, con los conspiradores y con los empleados del gobierno, con los frailes mediatibundos y las monjas nostálgicas, donde llegan las cargas de mercaderías europeas y alternan con el oro y la plata que se van para siempre, a cuyo portal se acoge el mendigo famélico, donde para, por una noche de ventura, el bandolero fugitivo, la posada situada entre el Magdalena y Santa Fe como si fuese una ciudad trashumante, estática en medio de todo lo que se mueve, avanza, la posada es lo permanente, es la ciudad delegada, aislada en medio de la noche y en el día parte del camino. (Gómez Valderrama, 1989, p.29).

A estas paradas del camino se suman también los puentes. La iconografía de estas estructuras ayuda a construir la manera como se pensaba el país en su camino al desarrollo en el siglo XIX. La inauguración de un puente era motivo de noticia. Debemos entender como puente todas aquellas maneras que encontraron los hombres para cruzar la compleja hidrografía colombiana. Esto incluía a los puentes de cuerdas y guaduas, como las tarabitas y cabuyas. La

mayoría de ellos eran rústicos, enclenques y muchas veces efímeros (Uribe Hanabergh, 2014). Un ejemplo de ello lo vemos en el pasaje de la cabuya del Suárez:

El rito de la *cabuya* es complejo y misterioso. El abuelo contempla cómo se desenvuelven los hilos del transportador indígena, siente la tensión de los cables cuando la silla, la *puerta* se desliza por ellos con su carga humana hacia el otro lado, de árbol a árbol de las orillas, deteniéndose a veces, peligrosamente suspendida entre el cielo y el agua. (Gómez Valderrama, 1989, p.157)

Este puente era para Lengerke una atracción peligrosa, un riesgo más de la selva del que podría sacar divertimento, sin pensar en los retrasos que pudiera generar en las otras personas que tenían por costumbre y vital necesidad atravesar el río:

Recuerda el abuelo que Lengerke, cuando tuvo oportunidad de conocer la *cabuya*, permaneció allí largo tiempo fascinado, mirándola trabajar. Atravesó tres veces el río ‘pidiendo puerta’. Y otras dos ‘pidiendo gancho’, el método de los pobres, en el cual el pasajero afianzaba en el cable un largo gancho de madera del cual pendían cuatro aros para pies y brazos, y el viajero así suspendido como un ángel portátil, salía disparado cabeza abajo hasta el centro del río, desde donde tenía prácticamente que trepar con brazadas de araña, sin la ayuda de los cabuyeros. (p.158)

Los personajes configuran estos espacios según los usos que le dan: el río, por ejemplo, figura como una de las rutas principales para toda clase de transacciones comerciales: desde la trata de esclavos hasta los cargamentos de tabaco y de quina. Muchas veces es un obstáculo pero también una solución; pasa a ser el medidor del tiempo para las gentes que lo bordean con sus chozas y lo remontan en champán. Lengerke con los caminos busca desempolvar las antiguas rutas de los españoles⁴⁰. Los puentes fueron el escenario de las batallas de independencia y de las guerras civiles, como también testigos del devenir diario de las transacciones comerciales locales (Uribe Hanabergh, 2014). Para el campesino los puentes eran la vía que le permitiría transportar sus cultivos, para el foráneo sólo un medio para seguir su camino. Ríos, puentes, posadas y caminos reales: estas zonas de contacto están atravesadas por la materia del viaje y tienen la capacidad de albergar indiscriminadamente a las personas, de ser testigos de las relaciones que se efectúan entre ellos, de sus choques y enfrentamientos, de las fronteras coloniales que se erigen y

⁴⁰ Al parecer, no traza nuevas cartografías sino que, a modo de un palimpsesto, construye los caminos sobre las huellas coloniales; sin embargo, logra desviar aquellas rutas al crear un espacio propio: Montebello.

de ser la vía en común que poseen los personajes, que también son pequeños universos, provenientes de mundos dispares.

4. ESPACIOS CERRADOS

Un paréntesis más: dos imágenes de reclusión

Desde el jardín llegó el canto penetrante de un tordo. Asomándome a la ventana vi al carcelero, inclinado en el anochecer ante una jaula, dialogando amorosamente con uno de sus cautivos.

Los cautivos, Julio Ramón Ribeyro

Un deseo acaso por oprimir a los otros, por desempolvar algunos sucesos históricos y reanimarlos con el hálito de nuevos tiempos y viejos sentires. El hombre encerrado en sus aposentos donde nadie más puede entrar sin su autorización, el hombre en su universo delimitado cuya puerta principal da a la calle y más allá se levanta todo un pueblo curioso por penetrar sus dominios. Detrás de las murallas ellos se esconden, se liberan, se ufanan de su pequeña gloria. En sus jardines y patios despiertan su alma de ornitólogos principiantes, poseedores de especies exóticas que nadie les podrá arrebatarse. Son dos reclusiones hogareñas, dos carceleros: el suizo Klaus Johann Werz y Don Ambrosio.

El señor Werz hace veinte años que abandonó Suiza, los motivos de su partida los desconocemos. Pero han sido veinte años viviendo en lo alto de “el Alpe”, como lo llaman los campesinos, en una hacienda. Dentro de sus dominios posee un cóndor enjaulado, cautivo. ¿Pero qué es un cóndor sin su nido, un indio sin su selva? He aquí el símbolo ancestral de una raza de despojados:

Lengerke calla, mirando enjaulado, reducido a su mínima condición, el majestuoso pájaro. Lo hermoso sería verlo planear, ver sus alas inmóviles deslizándose sobre los vientos, remontando las cumbres nevadas, realizando su gigantesca rapiña. Pero no en el fondo de un jardín, acorralado y vencido. Mientras el suizo explica a la francesa que para poder volar necesitan una gran altura y

un profundo espacio abierto, Lengerke ve en el ave la expresión de una furia ancestral, incontenible. Dice solamente: -los conquistadores-. (Gómez Valderrama, 1989, p.30)

A don Ambrosio la gente de Santander lo respeta porque no se le nota la plata que tiene: pues viste traje de campesino y habla como la demás gente del pueblo. Pero muy pocos conocen la gigantesca pajarera que alberga en el patio de su casa. Como un señor Hartman del cuento “Los cautivos” (2006) de Ribeyro, tenía diversas clases de pájaros prisioneros para su disfrute:

En el patio de la casa tenía una gigantesca pajarera, donde acumulaba toda clase de aves: tucanes, toches, arrendajos, mirlos, turpiales, canarios, chirlovirlos, en fin, toda suerte de animales alados. En una ocasión encerró allí un búho que duró apenas dos días, por la merma feroz que hizo en los cautivos. En una pequeña jaula, tenía encerrado, dentro de la misma pajarera, un hermoso gavián, que como un Tántalo alado asistía al desfile de sus víctimas imposibles [...] el gavián era, solía decir don Anselmo, como los conservadores en el gobierno de la Federación, enjaulados por pájaros inofensivos. (Gómez Valderrama, 1989, p.125)

Estos seres alados, impedidos de volar en el vasto cielo, eran sus pequeños conservadores castigados bajo el yugo de un liberal. Su pajarera era diferente a la de Hartman, en tanto que los pájaros de este alemán encarnaban los espíritus de un duelo antiguo: la persecución de los judíos —como si habláramos de una trasmigración de las víctimas de la historia que más adelante adoptan la forma de otros cuerpos—. De esta manera, las jaulas se vuelven una alegoría de lo que está pasando afuera. Los dueños de aquellas aves, incapaces de controlar el caos de las guerras, terminan estableciendo una especie de orden en el interior de sus hogares. Allí los patios se yerguen como islas flotantes, alejadas del mundo: “patios, cuadriláteros de blandas sugerencias, con pila de agua para que grave el centro, y de los cuales están muy lejos las furias y los duelos de los hombres” (p.258). Tanto Klauss como Ambrosio se consumaron como carceleros íntimos, en el corazón de sus hogares, donde intentaban saldar deudas, menguar angustias con sus pájaros reos, malogrados chivos expiatorios.

De la casa de comercio a los hogares santandereanos

El alocado ritmo que adquiriría Santander en la medida que se modernizaba, se evidenció, sobre todo, en la casa de comercio que inauguró Lengerke en Bucaramanga. Esta casa fue una síntesis de su primer mundo. Era el lugar donde se actualizaban los santandereanos con la moda europea y cosmopolita. Allí llegaba a parar todo aquel que, teniendo plata, empezaba a generar nuevos motivos para gastarla:

Cuando llegó a Bucaramanga, los señores de la ciudad vivían de sus tierras, sin muchas presunciones mercantiles. Al instalar la casa del comercio, la vida de Bucaramanga empezó a cambiar, a adquirir un acento febril ignorado antes. Con la agitación comercial, la gente empezó a hablar de la necesidad de superar el progreso industrial del Socorro. Recuas de mulas cargadas de tabaco comenzaron a salir constantemente hacia el río; otras entraban, trayendo las monumentales cargas de sombreros tejidos. (Gómez Valderrama, 1989, p.42)

Fue la entrada directa de Europa a los hogares y a las mentes de Santander. En esta casa-puerto llegaba una asombrosa variedad de mercancías dispuestas a hacer pecar a la entusiasmada clientela, perdida en un pasaje de nuevos placeres, consumida por la avaricia: “El padre Alameda, en una breve visita que hizo a Lengerke, le dijo que la casa de comercio tenía toda la magnificencia y todas las tentaciones de un templo pagano” (Gómez Valderrama, 1989, p.43). Todos participaban activamente en esta empresa alemana: el mulato Hans se encargaba de dirigir las ventas, Camilo Ordóñez y los escribientes atendían los pormenores de las transacciones y la gente empezaba a serle fiel a una moda que les permitiría subir un peldaño más en la sociedad:

Llegaban de Europa bultos rotulados en idiomas extranjeros, el almacén comenzó a llenarse, con un flujo y reflujo que fue cada día más abierto. Cada día aparecían bultos de forma distinta, nuevas fragancias, nuevos olores ásperos. Llegaban brandys y vinos franceses, galletas de Inglaterra, porcelanas de Sajonia, cervezas alemanas, telas francesas e italianas, casimires británicos, armas americanas, medicinas que del África se adaptaban a América, según los fabricantes; la quinina elaborada, los extractos misteriosos del benjuí; a veces, el olor de la canela llenaba los depósitos como si anunciara un milagro. Los linos irlandeses se alineaban en los estantes, despidiendo su maravilloso olor de limpieza (p.42)

El impacto de la casa de comercio, de cierta manera, educó a las gentes y los comunicó con el mundo. Santander perdía así su condición de aislamiento y “la ciudad [Bucaramanga] cambiaba de espíritu, con esa transformación inevitable que producen los cambios materiales” (p.53).

Inevitable era que el flujo de las mercancías importadas por la casa alemana corriera por las calles y tocara las puertas de los hogares más afortunados. Sobre cómo irrumpe la modernidad en la intimidad de los hogares y se exterioriza en la vestimenta de las gentes y en sus costumbres, ya han hablado varios autores. Podemos ver, por ejemplo, con Gutierrez Girardot (1977) que toda modernización viene con ambigüedades, indecisiones, pero lo inevitable es el cambio que se revela hasta en el corazón de los hogares paternos en tan solo un instante. “Entre los muchos testimonios de la época el que mejor ilustra este cambio es el ilustrativo Cordovez Moure en sus *Reminiscencias*. De las ‘reuniones periódicas de familia o tertulias’, en las que se introdujeron ‘usos de los de igual clase de París y Londres’ (p.271). Así mismo, esta obra memorialista de Cordovez Moure es una de las fuentes que inspiró a Gómez Valderrama para describir con fidelidad y con un detalle fotográfico esta transformación que se dio en el corazón de los hogares santandereanos. La gente empezó a adquirir hábitos mundanos, a afinar sus paladares con las bebidas que embriagaban a los franceses (porque adquirir vicios extranjeros también era visto como una forma de progreso), a adornarse el cuerpo con alhajas italianas, a prolongar el crujido de galletas inglesas en los ahora convencionales salones de té:

Desde las primeras casas que ostentaban en sus salas el recién importado papel de colgadura, de flores sobre fondos oscuros y asordinados, que procuraban una necesaria sensación de frescura, al recuerdo de los comediantes de ópera traídos por él para una sola representación en Vado Hondo. Y el sabor de los vinos franceses y alemanes, de las conservas, de las galletas inglesas, el corte de las levitas importadas, la arrogancia de los sombreros de copa; y la gran calidad de las armas cortas que ahora los señores usaban al cinto, producto de las importaciones de la casa alemana. (Gómez Valderrama, 1989, p.54)

Estas costumbres ‘importadas’ también se vieron reflejadas en el Club de Soto, ya que empezó a ser una etiqueta cerrar negocios con una botella de brandy:

Edificaban casas distintas, las decoraban con desnudos, traían de Europa frescas telas que convertían en cortinas, en edredones, en sábanas voluptuosas; traían porcelanas, arcones y cristal. Al principio pareció absurdo a todos que tuvieran que sacar una botella de brandy para hablar de

negocios; después en el Club era la regla de oro del buen comerciante. (Gómez Valderrama, 1989, p.70)

En otras casas, en cambio, esta modernidad no logró establecerse con éxito, y su caducidad se vio reflejada en el estado de los objetos gobernados por el abandono:

En Mompós había una casa blanca, de portalón verde con escudo de armas en piedra. Con unos muebles franceses de estilo Imperio arrumados en una sala de ventanas cerradas en donde no había un piano, pero en su rincón secreto sí había un arpa, en cuyas cuerdas se enredaban las telarañas y trepaba la mugre como un pesar, donde había colgados de las paredes unos cuadros grandes que no se veían en la sombra. (p.107)

Y es que la función de los objetos en la novela no es simplemente decorativa: “Los objetos constituyen entonces una sociedad paralela: reflejan clases e intereses, niveles de fortuna, el grado de refinamiento de los grupos y las familias” (Vargas Llosa, 1975, p.152). Es así como en el pasaje de la casa de Mompós podemos ver, más adelante, que los objetos también cumplen la función de revelar hasta la intimidad sexual de sus dueños cuando estos permanecen ausentes:

Se atravesaba por un cuarto empapelado de rojo oscuro, desde cuya puerta interior podía verse una gran cama tallada en la cual el acto sexual revestía el carácter de respetuosa ceremonia, atestiguada por la jofaina y la palangana de porcelana con grandes rosas, y el bacín gemelo, discretamente escondido bajo la cama nupcial. (p.107)

Con la llegada de los libros también se instalaban nuevas ideologías, nuevos autores que ayudaban a pensar de otra manera los procesos sociales que vivía la nación. Por ejemplo, el abuelo, consumado lector, recibía periódicamente libros y revistas traídos de Europa:

Devora libros, uno de sus favoritos es la Historia de la Revolución Francesa de Michelet, y es lector de obras románticas, de Lamartine y Víctor Hugo, y a regañadientes hasta de Chateaubriand. [...] Le llegan, empolvados y maltrechos, paquetes de revistas y periódicos franceses, que recorta con los que recibe de la capital [...] Va coleccionando los folletos que recibe en el demorado correo, con los cuales se va componiendo el libro del Doctor Bataille, ‘El Diablo en el siglo XIX’. (p.129)

Además de aquel repertorio literario, otros autores como Darwin y Comte le fueron esenciales para reafirmar su ateísmo, reflejado en la intimidad de su biblioteca donde guardaba en un frasco de cristal a un hijo que le nació muerto:

Se ve en las horas blancas de la biblioteca, cuando por azares de las guerras el segundo de los hijos nació muerto, y él, lector de Darwin y de Comte, metido dentro de sus ideas positivistas, en los comienzos del evolucionismo, en pleno siglo de la libertad y del examen científico insistió en conservar cerca de él el feto al cual había dado origen, para recordarse a sí mismo la transitoriedad de la vida y la nada que venía después de la materia. (p.132)

Algunas casas figuraban, al igual que el Club de Soto⁴¹, como espacios donde se discutían las tendencias políticas, se intercambiaban ideas y se animaba al pueblo a luchar por sus derechos, a recordar a los caídos en los combates. La hacienda de Juan Crisóstomo Parra era el lugar de las veladas misteriosas, donde su nieta, apodada ‘la sietemesina’, lideraba varias de las discusiones:

Hablaba sin parar de las guerras de Bolívar, del General García Rovira, de ‘Firmes Cachiri’, del combare de la Cuchilla, dando de pronto gritos y diciendo palabras que hacían aparecer soldados muertos, soldados en huida, uniformes realistas, disparos de cañón, banderas desgarradas. Aterrado, Domingo comprendió al fin que por boca de la Sietemesina estaba hablando el abuelo Parra, evocando las horas de su muerte en campaña. (p.102)

“Pero la copia o la recepción de costumbres o de influencias literarias, sólo es posible cuando en el receptor se dan condiciones sociales semejantes a las que se presentan en el emisor” (Gutiérrez, 1977, p.272). Por tal motivo en los hogares más humildes la novedad llegaba tarde, roída y desgastada, o en otras palabras, llegaba ya vieja. Este es el caso del personaje Vicente el ‘bobo’, un hombre aletargado con la infancia preponderada en su aspecto senil, acaso como un Macario de Juan Rulfo. Pues este hombre de cincuenta o cien años, quien barría las calles a cambio de la bendición del cura, era una caricatura andante, con el pecho altivo mientras portaba uno de aquellos sombreros carcomidos que antaño cubrieron la cabeza rojiza del alemán:

⁴¹ “El señor von Lengerke se siente atraído hacia la ‘gente bien’ de Bucaramanga y frecuenta el club en donde todas las tardes, se reúne la flor y nata de la sociedad lugareña, o sea los de la misma casta que en sus años mozos había combatido, pero que –al fin y al cabo– sigue siendo la suya propia” (Volkening, 1977, p.315).

Lleva siempre un sucio sombrero de nacuma, pero en una ocasión en que Lengerke ordenó tirar a la basura sus sombreros ya usados, estuvo pavoneándose por largos días, hasta que el sol y la lluvia se lo destruyeron, con un elegante sombrero de copa de la casa Lock, que le daba un aire doloroso y dramático. (Gómez Valderrama, 1989, p.81)

Con los ejemplos anteriores podemos notar que siempre habrá una dinámica en los espacios cerrados descritos en la novela que traducen *a su manera* el afuera (con sus guerras, tendencias políticas, pleitos entre artesanos y comerciantes, modas extranjeras) y lo posicionan en algún rincón: algunas cosas adquirirán mayor relevancia, y otras permanecerán entre el polvo y las telarañas, porque es allí donde llegan a parar el desapego y la apatía del mundo. También sabemos que los objetos que pueblan el interior de los hogares no solo revelan la condición social de sus dueños, sino que los suplen y participan activamente en la tarea de describirlos: “los hombres contaminan a las cosas y las cosas a los hombres, se desvanecen los límites de lo inerte y lo animado y, dentro de esa fraternidad entre objetos y dueños, el narrador elige a unos para describir a los otros”. (Vargas Llosa, 1975, p.153). Hay que ver, finalmente, “el interior como cosmos o el cosmos convertido en interior” (Gutiérrez, 1997, p.273), una proyección a menor escala de lo que está pasando *allá afuera*, solo que moldeado por los intereses de quien habite la casa: no todos dejarán entrar con la misma permisibilidad las formas del progreso, al igual que el progreso no se verá reflejado en todos los hogares. Es así como en esta interminable dialéctica del interior y del exterior se van configurando los espacios cerrados:

El ‘interior’, que luego se exterioriza diversamente tanto en la ornamentación de las ciudades y en la arquitectura como en las letras. El ‘interior’ es el lugar en el que se ‘intermedian’, para decirlo como un término de la dialéctica, la base y la superestructura de esa época; es el lugar en el que se opera la transposición de posiciones políticas e ideológicas, nacidas de intereses y desarrollos económicos, en arte o en posibilidad de arte. (Gutiérrez, 1977, p.274)

Espacios de la intimidad: la casa

Las casas perdidas para siempre viven en nosotros.

Bachelard

Varias noches he soñado con mi primera casa: la casa de mi infancia. Y hay una relación filial al recordar los cuartos, el patio, el garaje y el pasillo largo que la atravesaba como espina dorsal. Y esa relación se mantiene a pesar de que la casa ya no existe, de que sus paredes fueron tumbadas y, en su reemplazo, se levantó un edificio mucho más moderno (la conexión directa que tenía el techo de mi casa con el cielo, fue suprimida por la segunda planta del edificio). El recuerdo de esta casa me acompañó siempre, en todos los lugares que me han albergado. Me despertaba desorientada al verme en un cuarto diferente al que evocaba en los sueños⁴². Difícil tarea fue darle vestigios del primer hogar a un lugar nuevo. Y es que “la casa natal está físicamente inscrita en nosotros” (Bachelard, 1997, p. 45), pero esta *concha inicial*, una vez perdida, no se puede materializar. La casa natal se convierte, entonces, en casa onírica y la forma en la que se la imagina no obedece a ninguna noción de tiempo.

Pretendo ahora navegar en la psicología del personaje Lengerke, porque él lleva en su cuerpo inscritas las coordenadas oníricas de su primer hogar: Bremen. ¿Qué implicó empezar de nuevo? Al querer trasplantar su casa natal a tierras ajenas, extrañas: ¿con qué intensidad se instalaron los recuerdos de su primer hogar? Montebello, el castillo medieval incrustado en las selvas granadinas, fue su intento por evocar esa casa natal y se convirtió en su nuevo espacio de intimidad: “Montebello es la realización de un sueño, la materialización de su nostalgia de Europa. Aquí se quedará, en ese rincón andino que es Santander, pero tiene que darle albergue a sus fantasmas, a su cultura, a su necesidad de grandeza, a sus placeres, a su más íntimo ser” (Iriarte, 1978, p.43). Sin embargo, ¿qué tan pleno podría ser ese nuevo habitar? Tal vez Lengerke todas las noches en Montebello soñaba con Bremen. Parece ser que para recordar con furor una casa, habrá que abandonarla siempre, pero el recuerdo no será lo suficientemente fuerte si el

⁴² “¡los espacios que amamos no quieren quedarse encerrados siempre! Se despliegan. Diríase que se transportan fácilmente a otra parte, a otros tiempos, en planos diferentes de sueños y recuerdos” (Bachelard, 1997, p.85-6).

retorno es una opción posible — ¡Cuánto no deseó Ulises volver a Ítaca ante las adversidades que se le presentaban a su regreso! —.

Cierto es que “las casas donde vuelve a conducirnos nuestros sueños, las casas enriquecidas por un onirismo fiel, se resisten a toda descripción” (Bachelard, 1997, p.43). Y sin embargo, siempre quedan imágenes⁴³ congeladas en el recuerdo. Dichas imágenes han de quedarse grabadas en la cuidadosa arquitectura de Montebello, ese intento por materializar todo lo que dejó atrás. Hay entonces una especie de sincretismo cultural que va, retazo por retazo, armando esa casa deseada, esa casa soñada⁴⁴: “era, también, su lazo con el mundo, su puente para dejar a Alemania, tan exótico allí como acá, como uno de esos hijos en que algo indefinible mezcla los rostros de padre y madre” (Gómez Valderrama, 1989, p. 93). Montebello es una casa mestiza, producto de la unión de América y Europa. Una casa híbrida con alma de castillo gótico, llena de objetos que van poblándola de naturalezas distintas, haciendo posible que convivan, en armonía, un caimán pletórico al lado de un piano traído de Hamburgo: “Como todas, la casa construida iba poco a poco poblándose. No solamente de objetos, sino de presencias que no la dejarían, que le darían su extraña fisonomía de palacio trasplantado, de exótica planta de invernadero” (p. 93)

Una arquitectura íntima

Lengerke implanta el molde de su cuerpo⁴⁵ en los muros del castillo, “que crece en la medida misma en que crece el cuerpo que lo habita” (Bachelard, 1997, p.153). Esta cartografía corporal también se ve reflejada en la construcción de los caminos que son como sus arterias, caminos que conducen a todo un pueblo a su centro, al corazón de Lengerke, a Montebello. Hay siempre una relación filial en todo lo que él construye: “por eso me rodeo de las cosas que me recuerdan a Alemania, por eso hice a Montebello, por eso hago los caminos, para unirlo todo,

⁴³ “Las grandes imágenes tienen a la vez una historia y una prehistoria. Son siempre a un tiempo recuerdo y leyenda. No se vive nunca la imagen en primera instancia” (Bachelard, 1997, p.64).

⁴⁴ “Esta casa soñada puede ser un simple sueño de propietario, la concentración de todo lo que se ha estimado cómodo, confortable, sano, sólido, incluso codiciable para los demás” (Bachelard, 1997, p.93)

⁴⁵ Recordemos que la casa natal, los sueños, van inscritos también en el cuerpo.

para establecer la comunicación entre la cosas que amo” (Gómez Valderrama, 1989, p.84). Son sueños de un exiliado hechos carne, arcilla, mármol; y cuando muera su creador, también morirán estos sueños. Su muerte, como la muerte de la Reina en una colonia de hormigas, se verá reflejada en la máxima ruina de su castillo, del pueblo construido a su alrededor y de los caminos, ahora invadidos por la vegetación:

Las zarzas y los arbustos han reducido el ancho camino real [...] La vasta extensión de la caña, el límite de la quina que se perdía a lo lejos hacia el Magdalena, han desaparecido, cubiertos por una espesa vegetación de abandono y soledad. [...] Las casas del pueblo Montebello siguen en pie, pobladas de puertas y ventanas desvencijadas, de cacharros tirados en el suelo, de techos hundidos y de culebras fugitivas [...] Un ala de la puerta principal, con los herrajes herrumbrosos, la cerradura desvencijada, cuelga de un solo gozne, mientras la otra está en el suelo. La entrada es penosa; la vegetación ha invadido las habitaciones, en la sala queda todavía un espejo partido, el piano ha desaparecido [...] Una de las estatuas yace medio enterrada en el jardín; ya el abuelo lo sabía; de la otra, queda un mustio brazo en el piso del salón. El abuelo se aproxima a la ventana, y mira hacia donde estaba emplazado el obús de Sedán. Alguien se lo llevó, no queda sino la base de piedra, cerca al estante del caimán, seco y vacío, en cuyo fondo está la patética calavera del saurio. (Gómez Valderrama, 1989, p.346-7)

Esta casona, con ínfulas de castillo⁴⁶, adquirió también una arquitectura concéntrica: “la casa es imaginada como un ser concentrado. Nos llama a una conciencia de centralidad” (Bachelard, 1997, p.48). Pensar su ubicación era pensar en el lugar que más tarde Lengerke ocuparía en el Estado soberano de Santander, y era también hallar su centro en medio de la selva: “el centro del mundo está donde el hombre ha decidido abrir un claro en la selva y significar el espacio” (Aínsa, 2002, p.112) . Y es redonda en cuanto se la piensa como un ombligo, un obelisco donde terminan confluyendo todos los caminos: “Sobre los cuatro puntos de la maravillosa geografía, cruzando ríos y serranías bajo la asechanza de los indios guerreros,

⁴⁶ Bachelard (1997) habla de la dialéctica de la choza y del castillo, como inseparables, sin ser fácil clasificar a los hombres por aspirar a vivir en uno de los dos lugares: “George Sand dice que se puede clasificar a los hombres según aspiren a vivir una choza o en un palacio. Pero la cuestión es más compleja: El que tiene un castillo sueña con la choza, el que tiene la choza sueña con el palacio. Más aún, tenemos cada uno nuestras horas de choza y nuestras horas de palacio. Descendemos para habitar junto a la tierra, en el suelo de la cabaña y después, con algunos castillos en España queríamos dominar el horizonte” (p.95). Tal vez Lengerke, en medio de la ostentación del castillo, soñaba con un hogar más modesto, con su casa en Bremen o con un nicho campesino.

Lengerke extendió la red de su castillo por el occidente de Santander. El castillo, Montebello, era el ombligo genial del cual se desprendían los caminos y sus aventuras” (Gómez Valderrama, 1989, p. 99)

Hay también una atracción centrípeta: todo se dirige al castillo, todos los caminos conducen a él, los objetos más modernos llegan a parar allí, la energía orgiástica de los alemanes y las campesinas tiene lugar en los grandes salones. Todo lo que atañe a estas potestades de ‘Don Geo’ resalta la centralidad que ocupó en la región:

Todo el sistema nervioso de los caminos iba a tener un cerebro, estratégicamente colocado, en su memorable proyecto de construir Montebello, la edificación de la Gran Pirámide. Nunca en la región se habían movilizado tantos materiales de regiones distintas; jamás se habían escogido tan amorosamente las maderas, nunca se habían traído distantes piezas de mármoles de Italia; jamás el brillo de las cerraduras había resplandecido tanto cuando surgían de los cajones de mercancía. (Gómez Valderrama, 1989, p. 91)

Su calidad de centro, de ‘cerebro’ implicaba que fuese una especie de panóptico, entronada en lo alto donde se pudiera mirar el río Magdalena, la cordillera y los cultivos y la gente y las guerras: “Y Montebello aquí, en este sitio, desde donde puede verse todo Santander, desde donde se ve el Magdalena, desde donde, al otro lado, se alzan los farallones de la cordillera, y se llena el mundo de este cielo azul que nadie va a poderme disputar”. (p.95). Dicha ubicación le brindaba las bondades de la tierra y la posibilidad de empaparse de la vastedad de sus dominios. Esta casa-panorama evoca una dialéctica de lo alto y lo bajo: Lengerke, el dios mirón, contempla desde su torre de marfil el imperio que la gente del pueblo le ayuda a construir bloque por bloque; sin embargo, esta altura también lo aísla y lo puede volver ajeno a las verdaderas prácticas que se desarrollan en las calles bajas del pueblo⁴⁷. El rey en su castillo carece de la verdad de sus dominios.

En vísperas del fracaso, Lengerke empieza a arrinconarse como los animales, se agazapa, se enrosca, vuelve sobre sí: “el rincón niega el palacio, el polvo niega el mármol, los objetos

⁴⁷ “Es ‘abajo’ al contrario (down), a partir del punto donde termina la visibilidad, donde viven los practicantes ordinarios de la ciudad” (Certaú, 2000, p.105).

usados niegan el esplendor y el lujo. El soñador, en su rincón, ha deshecho el mundo en un ensueño minucioso que destruye uno a uno todos sus objetos” (Bachelard, 1997, p.178). Ese arrinconamiento, reflejado también en el alcohol, será su forma de aislarse, y avanzará al tiempo que la destrucción de sus empresas, de su imperio:

La botella de brandy en la alforja era una medicina para el dolor que le incomodaba en el costado derecho [...] Cabalgando sobre la reflexiva mula, tuvo Lengerke la sensación de ir viajando hacia su propio final, el ocaso del imperio, de ver su castillo en ruinas, de ver la tierra de Santander, tierra para sus huesos, asolada por la codicia, sus gentes consumidas en la pobreza. (Gómez Valderrama, 1989, p.293)

Por último, es conveniente resaltar que, a diferencia de los sueños —donde las relaciones espaciales subordinan a las temporales hasta el punto de llegar a suprimirlas—, en la casa ya materializada que es Montebello, dicha ley cambia y empezamos a ver una indivisibilidad espacio-temporal reflejada en el lugar que ahora habita Lengerke. Aquella visibilidad del tiempo se ve reflejada en las paredes, salones y en el pueblo que se formó a su alrededor; todos llevan grabados una añoranza por el feudo, el romanticismo y un deseo frustrado por haber visto triunfante la revolución antimonárquica de 1848. Sumado a esto, está la promesa del futuro que Lengerke quiere realizar en Santander:

Así, como en este punto se encuentran la selva y la cordillera, la roca y el árbol, van a encontrarse el pasado y el futuro. Salimos aquí de la edad media, hasta aquí van a llegar el progreso, la edad moderna, el vapor y la máquina. Aquí funcionarán los telares, los ingenios, las calderas, el trapiche hidráulico, la vida nueva. Y en esta cima, la casa de la hacienda, dominando el pasado y el futuro, en la montaña, mirando hacia la selva y hacia el río. (Gómez Valderrama, 1989, p.96)

El piano traído de Hamburgo, las estatuas de mármol traídas de Italia, los muebles, los cortinajes, las jofainas: todo lo que ocupaba esa casa deseada cumplía la función de ambientar y transportar a su dueño a otros tiempos, incluso de hacerlo olvidar por un momento de las guerras civiles del XIX que infestaban las tierras granadinas. Montebello era un lugar donde, más que el futuro, primaba el recuerdo. Sin embargo, el pletórico caimán era su cable a tierra, lo que lo ligaba al presente, el recordatorio de que se encontraba en tierras ajenas.

Castillos autónomos

La construcción de la intimidad también está ligada a los castillos, espacios cerrados destacables en la literatura. Sin embargo, debemos entender la imagen del castillo simbólicamente: todo lo que aluda a un lugar fortificado, amurallado, donde no todos pueden ingresar, en su interior complejiza las maneras de habitar y relacionarse con el espacio. Muchas veces la lejanía de los castillos (que desemboca en aislamiento) es necesaria para poder mantener las leyes internas que los forjan; acaso estos lugares también operan también como islas culturales. Un ejemplo fascinante, para comprender la autonomía de estos lugares, lo vemos en *El obscuro pájaro de la noche* (1999) con la hacienda la Rinconada, lugar donde permanecía recluido Boy, el hijo deforme de Azcoitia:

Don Jerónimo de Azcoitia mandó sacar de las casas de la Rinconada todos los muebles, tapices, libros y cuadros que aludieran al mundo de afuera: que nada creara en su hijo la añoranza por lo que jamás iba a conocer [...] Hizo talar todos los árboles cuyas copas pudieran divisarse desde el interior de la casa. Dispuso, además, que cerraran el último patio, el de estanque, con un murallón inexpugnable, y a la cabeza de este estanque rectangular erigió una Diana cazadora de piedra gris tallada según sus estipulaciones: gibada, la mandíbula acromegálica, las piernas torcidas, luciendo el carcaj sobre su giba y la luna nueva sobre su frente rugosa. (Donoso, 1999, p.237-8)

El hermetismo de la Rinconada tenía un único propósito: impedir que Boy se diera cuenta de su fealdad, por lo que hay una conversión del *afuera*, ajustado a las cualidades físicas del prisionero heredero. La ley dominante de la hacienda es una estética de lo feo: los dioses griegos podían ingresar al mundo de Boy si pasaban por el rito de la deformación. Tanto la Rinconada como Montebello son castillos que suscitan universos con leyes diferentes a las que operan en la sociedad. Dentro de estos castillos la vida cambia, es depurada, los fenómenos sociales se perciben de otra manera.

Espacios sadianos

En Montebello, aunque Lengerke no está impedido de ver más allá de los muros, su visión se concentra en el interior de sus aposentos, rodeado de todos sus objetos, que son su refugio. Es su castillo el lugar donde podrá expandir su cuerpo con las andanzas libertinas. Espejos, muebles, estatuas, camas, tocadores: no hay ningún objeto por simple añadidura, muchos se integran a las ceremoniosas orgías y potencian la capacidad de habitar. Es ahí cuando Montebello deviene espacio *sadiano*.

Las utopías sexuales del Marqués de Sade siempre son localizables geográficamente (Gómez Valderrama, 1972). En sus obras, aquellas localizaciones constan de cualidades específicas: “Sade encierra a sus libertinos en lugares inviolables” (Barthes, 1997, p.10), siendo uno de los más destacables Silling, “el castillo que Durcet posee en lo más profundo de la Selva negra y en el que los cuatro libertinos de *Las 120 jornadas* se encierran durante cuatro meses con su serrallo. Este castillo está herméticamente aislado del mundo” (p.25)⁴⁸. El encierro de estas fortalezas, más allá de la magnificencia arquitectónica que puedan proyectar, tiene otra función mucho más importante:

Establecer una autarquía social. Una vez encerrados, los libertinos, sus ayudantes y sus súbditos forman una sociedad completa, dotada de una economía, una moral, una palabra y un tiempo, articulado en horarios, en trabajos y en fiestas. (p.27).

En *La otra raya del tigre* este deseo de autarquía se ve reflejado en el pueblo que Lengerke mandó a construir alrededor de su hacienda Montebello. Esta sociedad pequeña con aire medieval está conformada con lo necesario para poder abastecerse a sí misma. Allí hay una iglesia con su respectivo sacerdote porque un emisor de la fe, al igual que un mayordomo, se vuelve necesario para establecer el orden entre las personas; también hay cultivos, tiendas, toda clase de maquinaria; hay, en fin, lugar para la religión, el progreso, el entretenimiento, e incluso para el crimen y los vicios:

⁴⁸ “El aislamiento de la montaña escarpada, la aldea de contrabandistas carboneros, el precipicio que sólo tiene un puente que los libertinos destruyen una vez encerrados, el muro de diez metros, la nieve, todo lo que rodea el castillo Silling, es trocado por el Mar del Sur” (Gómez Valderrama, 1996, p.358-9)

Más abajo ha nacido el pueblo, trescientas casas blancas y limpias que se apiñan en torno al castillo como ovejas. Allí ha venido a pasar sus últimos días el padre Alameda, a quien Lengerke conoció en el Magdalena. El padre le llama 'Barón', y dice misa para los creyentes [...] El pueblo tiene un jefe, que es el mayordomo de la hacienda, el cual funciona como un alcalde. A veces, hay fiestas, teatro, diversiones que Lengerke facilita. El pequeño cementerio es hermoso y grato; hay muy pocas tumbas ocupadas. El hospital sirve para el pueblo de Montebello y San Vicente [...] Las cantinas son de algunos de los trabajadores de la hacienda; hay dos putas con bastante ocupación, que frecuentan las cantinas en las que hasta ahora no ha habido más de un muerto. [...] La gran maquinaria que trajo de Alemania está instalada más abajo del pueblo, el trapiche movido por vapor, y la planta para centrifugar el azúcar. Como Lengerke ha hecho plantar cacao, ya se comienza a producir chocolate. Hay instalaciones para moler café y pilar arroz, y un enorme aserrío. (p.114-5)

Los espacios cerrados también se vuelven espacios inviolables. Esto sucede con el lugar que le da nombre a la novela *Filosofía en el tocador*. A pesar de que el hermetismo del tocador denote un espacio finito, en su interior el placer se reproduce infinitamente. Es ahí cuando los objetos empiezan a actuar, ya que cumplen una función esencial para el rito sexual. Los espejos dejarán de ser el símbolo del narcisismo, pues el cuerpo radiante de sexo no está para ufanarse de su propia imagen, y cobrará toda la atención el juego de los cuerpos reflejados para perpetuar el punto más alto de la orgía:

La multiplicidad de los espejos yuxtapuestos que rodea al sujeto con una imagen circular que decreta la abolición de idas y venidas. Es el caso de los espejos sadianos. Al libertino le gusta dirigir su orgía en medio de los reflejos, en nichos revestidos de espejos o en grupos encargados de multiplicar una misma imagen. (Barthes, 1997, p.161-62).

Solo de esta manera el goce sexual es potenciado con los objetos, especialmente con los espejos, que son la piedra angular de la ceremonia por su habilidad reflexiva de imágenes:

Al reflejar las posturas y los gestos en mil sentidos diferentes, esos espejos multiplican infinitamente los goces sobre quienes los experimentan sobre esta otomana. De ese modo, nada queda oculto de uno y otro cuerpo: es necesario que se vea todo; son otros tantos grupos reunidos alrededor de aquellos a quienes el amor encadena, otros tantos imitadores de sus placeres, otros tantos cuadros deliciosos, cuya lubricidad los inflama y les ayuda incluso para lograr el éxtasis. (Sade, 2000, p.308)

Esta misma función de los espejos la vemos en *La otra raya del tigre* en el interior de la hacienda Montebello, que no deja de ser, a su modo, el castillo de un libertino:

La casa, por dentro, está llena de muebles suntuosos, de cortinajes increíbles, de maravillosos **espejos que multiplican al infinito los salones**. En el salón principal está el piano legendario, que él toca salvajemente en sus noches solitarias [...] Las alcobas, con camas inmensas en que navegan las invitadas, soñando en rivalizar con las estatuas apocalípticas, tienen cascadas de linos y opales, **espejos que multiplican la cópula**, jofainas de porcelana, vasos de noche pintados a mano, velones escudados en briseros de cristal de baccarat. (Gómez Valderrama, 1989, p.113, énfasis mío)

Además de los espejos, las camas, otomanas, mesas y demás sillones están destinados a multiplicar las posturas de los libertinos. Aquellos salones donde se realizan las orgías tienen que ser los más bellos y suntuosamente decorados, pues el placer no escatima en gastos. Nada ha de ser improvisado, el lugar está preparado para todas las necesidades que puedan surgir en el momento del festejo. Todo está compuesto por lo que Barthes (1997) llama el *mobiliario de la depravación*, que alude a los salones mundanos, donde los espejos como los demás artefactos son símbolo del lujo más elevado, todos son *instrumentos de la voluptuosidad*, incluyendo los cuadros que decoran las paredes, pues también ambientan las escenas eróticas:

Corrían historias –cuando los hombres se atrevían a contarlas– de que en la casa de Vado Hondo, que ya había terminado de construir, se realizaban alucinantes orgías a las cuales, como mariposas atraídas por la luz, iban todas las muchachas del contorno. Se decía que en la parte residencial de la casona de Bucaramanga las paredes estaban llenas de peligrosos cuadros de mujeres desnudas, escenas escabrosas, pinturas obscenas; que casi todos los vinos, el champaña, el brandy que importaba, estaban destinados a su casa y a las terribles saturnales: ‘Son cenas adánicas’, murmuraba el cura, ‘a las cuales hombres y mujeres asisten desnudos. (Gómez Valderrama, 1989, p.46)

En estas fiestas dionisiacas los alemanes eran anfitriones y las mujeres se volvían objetos de contemplación en aquella antelación que produce la caída de las prendas y los cuerpos descubiertos:

Uno de ellos desnuda a una mujer, y pronto la única que queda vestida es la Estrella del Norte; y Lengerke se ríe y le deshace el lazo del vestido, y ella, fieramente, con los humos del licor, se arranca las ropas y trepa a una mesa y baila dando vueltas para que todos miren sus pechos y el triángulo negro del sexo. (Gómez Valderrama, 1989, p. 78-9)

En todas las casas⁴⁹ donde se realizaban las escandalosas orgías, el crimen nunca aparece ligado al sexo, como pasa en las obras de Sade⁵⁰; pero son espacios donde las prácticas del exceso, reflejadas también en la bebida y en las cenas pantagruélicas que acompañaban aquellas fiestas, no son cuestionadas por los participantes. Una vez adentro, la moral dictada en los atriles de la Iglesia no opera ni afecta a los libertinos. Estos lugares fueron creados para consumir la utopía de un ex revolucionario que llegó a la Nueva Granada en busca de libertad y solo la pudo conseguir en el interior de sus aposentos, sin los tropiezos de las guerras civiles. Fue así como su añorada e idealizada libertad solo pudo sobrevivir bajo la forma doméstica del libertinaje.

Estatuas insufladas de vida

¿Por qué ciertos objetos de la realidad ficticia sobreviven en la memoria tan nítidos y sugestivos como verdaderos personajes de carne y hueso? Porque han sido arrancados al mundo muerto de lo inerte y elevados a una dignidad superior; dotados de cualidades insospechadas, como, por ejemplo, una recóndita psicología, una capacidad de comunicar mensajes y despertar emociones, que hacen de ellos, pese a sus cuerpos inmóviles, pétreos, ciegos y mudos, seres imbuidos de profunda animación, de secreta vida.

Vargas Llosa, *La orgía perpetua*

Los objetos hablan. Bajo sus caparazones de mármol y madera, palpitan. El universo literario tiranizado por los humanos ha sido desbancado. “La palabra ha impuesto a esos objetos, junto con un valor estético, una especie de dignidad humana” (Vargas Llosa, 1975, p.155).

⁴⁹ Montebello, la casa de Vado Hondo, la quinta Dohnsen.

⁵⁰ “El mal en Sade es la búsqueda del bienestar, pero no el de la humanidad sino el de unos cuantos libertinos. El mal es ese espacio en el que ningún dios con su respectiva noción del pecado existe. Un mundo cerrado donde impera el placer del verdugo y no hay salvación para la víctima” (Montoya, 2004, p.106)

También ellos, como los hombres, se mueven en el curso del relato. La abolladura de un escudo como un florero quebrado, es motivo suficiente para empezar una guerra o, en su defecto, prolongar una ya vieja. Así también, las esculturas, seres tallados en piedra, pueden sumarse a un baile nocturno que es contemplado por los ojos curiosos de campesinos. Esta conversión de los objetos en materia viva la vemos en la obra de Gómez Valderrama. Esta animación de los objetos la podemos analizar bajo la figura de la écfrasis⁵¹ literaria que:

Se caracteriza [...] por hacer una recreación en la que se incluyen elementos que no están en el cuadro y que aparecen bajo la apariencia de juicios, declaraciones encomiásticas o referencias a lo que pasó antes o pasará después de la escena representada en la pintura. (Giraldo, 2013, p.133)

En estas descripciones de los objetos plásticos no solo se habla de la historia que los engendró, también son interpretados, se les interpela como a una persona y también se construyen otras historias en torno a su posible futuro. Las obras son liberadas de su condición inerte, se integran a la realidad de los personajes, hay un traslado del código artístico a los eventos narrados: “La obra aparece en acción, bien en su momento de producción y generación, bien en su recepción o apropiación en la vida cotidiana por las personas que la disfrutan, comentan o padecen” (Giraldo, 2013, p.119). Un ejemplo de esta *performatividad* de los objetos la vemos en el cuento “Descripción e historia de una visita al Museo del Louvre” publicado por primera vez en 1978. En él, Gómez Valderrama habla de un fenómeno que le interesa: la vida íntima de los museos, el despertar de las obras de arte. Es ahí cuando “el escritor es un tipo de espectador de arte cualificado, un paseante por las galerías del museo al que es preciso definir por su capacidad de ordenar sentimentalmente los cuadros y esculturas” (Giraldo, 2013, p.119). De aquella cercanía artística se deriva una contemplación erótica que insufla de vida a la escultura de la diosa griega:

De pronto, en un sitio inesperado, aparece la ‘Diana cazadora’, como si me esperase. Encuentro la adorable V o Y de las piernas perfectas en el mármol, largas y elásticas como otras que aún y hace muchos años parecieron encontrarme, salir hacia mí, desde el propio vientre de la estatua. (Gómez Valderrama, 1996, p.238)

⁵¹ “ekphrasis significa la acción propia de *des-obstruir*, de *abrir*, de *hacer comunicable*, o de *facilitar el acceso* y el *acercamiento a algo*, lo que era una estrategia muy valiosa para los antiguos oradores: *hacer ver* lo que está *ausente*” (Agudelo, 2012, p.72)

Al parecer, son “obras aparentemente muertas cuando no hay visitantes en el museo” (p.131). Sin embargo, en este cuento se plantea de otra manera la relación obra-espectador. En este contexto, se estaría demostrando que las obras de arte no dependen, como siempre se ha querido pensar, de los visitantes-receptores para ser consideradas como tales. Los cuadros y esculturas tienen vida propia, incluso cuando su *despertar* sea ignorado por el ojo humano. Que los hombres no puedan participar de aquel ritual vivificante es lo que las hace más fuertes. De noche, en el museo hay una orgía en la que participan todos ‘los personajes conocidos y desconocidos que tienen en el museo representación estatuaria o pictórica’ (Gómez Valderrama, 1996, p. 240):

Solamente los hombres azules podrán mirar cómo la Diana de las piernas memorables baja del pedestal; podrán ver las galanterías que cumple un sátiro con el Hermafrodita dormido, podrán ver quién besa la sonrisa de Monna Lisa, podrán acariciar los amplios senos de la Venus de Milo, y podrán, si tienen valor suficiente, navegar en la improbable Nave de los Locos, por el ancho mar verde y remoto que se extiende detrás del cuadro, el respetuoso mar en que ahora navega la Victoria de Samotracia. (p.239)

Así mismo, en *La otra raya del tigre* se habla de la vida íntima de Montebello, donde varios de los objetos considerados como obras de arte, reaniman su grávida materia. Esto pasa con las enormes estatuas de mujeres desnudas. Las curvas imponentes de las dos diosas griegas contagian a su dueño que, en las noches de delirio, las ve bailar:

En los dos extremos del salón hay dos inmensas estatuas de mármol, dos gigantescas diosas desnudas, que presiden el esplendor de las tapicerías y de las porcelanas. De noche, cuando sale la luna y da sobre las estatuas a través de los ventanales, parecen cobrar vida, sus senos enormes se aprestan a amamantar a la humanidad, a Humboldt, al Káiser, a Goethe, a Schiller, sus piernas formidables parecen cerrarse como tenazas en los rigores del orgasmo ciclópeo. Las trajo de Italia, nadie sabe cómo su tamaño descomunal no impidió que llegaran intactas, en su soberbia clásica, a convertirse en lo más barroco de este castillo. De pie a su lado, a pesar de su estatura, Lengerke aparece pequeño, su cabeza llega un poco más arriba del ombligo de las estatuas; en las noches de luna las han visto de lejos salir a bailar desnudas en el jardín. (Gómez Valderrama, 1989, p.113)

Las estatuas no parecen como materia inmóvil en un rincón de Montebello. En cambio, cobran vida, revelan el carácter de su dueño, e insuflan de aquella vitalidad a los demás objetos para conducirlo a un rito erótico que parece nunca acabar. En *La otra raya del tigre*, tal como pasa en *Madame Bovary*, según el análisis que hace Vargas Llosa (1975) de la novela de Flaubert:

El narrador presta a las cosas la misma atención prolija y respetuosa que se reservaba a los hombres, y les confía funciones que parecen prerrogativas del personaje, impensables en objetos cuya única obligación, hasta entonces, era la de constituir un decorado, un telón de fondo, una escenografía dentro de la cual monopolizaba todas las aventuras del alma y del cuerpo ese monarca absoluto, señor de la acción, la inteligencia y el sentimiento: el hombre. (p.151)

Esta recreación estética de las estatuas va de la mano con la dinámica de los espacios *sadianos*, pues pasan a ser también instrumentos de la voluptuosidad y se vuelven necesarias en aquellas orgías nocturnas de Montebello. A su vez, encarnan el lujo y el poder de su dueño, y evocan su primer mundo: Europa.

5. CARTOGRAFÍAS DEL DESEO

Alguna vez oyó a una prostituta el deseo de que el mundo entero pasara por entre sus piernas abiertas; pensó entonces que era, fatalmente, el anhelo de un viaje, ese anhelo pánico, el mismo que atenaceaba al viajero, al hombre para quien la vida solamente se comprende como una sucesión de paisajes, de mundos, de gentes, para el errabundo que no tiene almohada, y al sentir pasar así el mundo, siente la misma voluptuosidad que expresaba la mujer. Eso no lo entienden las gentes inmóviles, para quienes la vida recorre hasta la muerte la misma calle, y no sienten que el mundo podría pasar por debajo de ellas.

La otra raya del tigre

El viaje del piano

Aquel viaje venía cociéndose años antes. El escritor-artesano fue dándole forma al instrumento con su pluma, hasta que por fin da con su dueño en las prometedoras páginas de la novela. Gómez Valderrama plantea con este piano itinerante “el destino de la obra de arte: su voluntad de persistencia más allá del paso del tiempo y de las transformaciones culturales”. (Giraldo, 2013, p.128). Resulta memorable el eterno traslado y la dimensión estética que del piano se hace, “fruto de una negociación permanente entre diversos actores, contextos e instancias” (p.120). En otras palabras, su dimensión estética dependerá del entorno en que se mueva: muchos permanecerán ignorantes de la historia musical que guarda en su vientre metálico.

El piano también lleva el recuerdo de todas las mujeres que gozaron sobre su tapa de madera: “estaba sobre la lancha como el protagonista insensible de una historia maravillosa, en la cual desfilaban las mujeres a quienes habían estremecido sus notas, aquéllas que se las habían arrancado con un impulso sexual trunco, aquéllas que habían sido apretujadas, acariciadas, besadas, solfadadas...” (Gómez Valderrama, 1989, p.106). Como una persona, sufre el viaje: por cada estación del largo trayecto de Liverpool hacia Santander, hay una cicatriz más en su coraza. Su dignidad musical a veces es suplantada por la carga erótica; pero otras veces se entreveran en un todo armónico donde, incluso, los gemidos de las mujeres pasan a ser notas musicales:

Al llegar al caserío donde la noche alumbrada de antorchas y ron de caña parecía un atardecer con una luna helada y misteriosa, entraron al bongo las mujeres, a fornicar con los marineros de agua dulce por unos puñados de monedas. Una de ellas metió la mano por el hueco de la tabla desprendida, y sin saber cómo arrancó unas notas que se quedaron temblando en el aire quieto. La negra fue tumbada en el piso por el contra maestre, y los aullidos placenteros siguieron el mismo camino de las notas suspendidas. (p.106-7)

Este desplazamiento de las funciones del piano es más evidente a medida que se va acercando al Trópico. Una vez que remonta las corrientes del Magdalena, hace las veces de champán y sobre él está representado el imaginario de lujuria atribuido a los esclavos de la

Colonia. El erotismo que envolvía al piano en las veladas europeas, empieza a ser roído por una animalidad que caracteriza a las tierras granadinas por donde navega; allí hasta el cielo se torna diferente: “estaba encerrado en su cajón como cajón de muerto, destinado a futuros ataúdes de pino, remontando las aguas penosas del Río Grande de la Magdalena bajo el **cielo injurioso**, con el ruido del agua ignorante de su parentesco musical” (p.106, énfasis mío). Entre quejidos lujuriosos, el piano traza una cartografía de la Nueva Granada. Es así como, a través de este instrumento musical (y voluptuoso), vemos las variaciones del paisaje granadino: “las tierras se iban pelando, iban desapareciendo las vegetaciones, no quedaba sino la roca, y allá arriba, entre rebaños de cabras, nubes y espinos, la casona, el castillo, la morada del hombre alemán” (p.110). También nos damos por enterados de los tropiezos del camino, de que los ríos toman otras direcciones, se secan, y que, a veces, las esperas se vuelven más largas:

Después de meses de subienda, de orgías, de estallidos sexuales, de maldiciones y cansancio, de calores, de sudor y de hambre, iba llegando, poco a poco, a Mompós. Pero ya el brazo del río se había desviado. Mompós estaba en seco como un barco varado sobre la playa, y el bongo permaneció durante varios meses atracado en la arena, con el piano abandonado y solo como un fantasma, tirado a la orilla del río resbalante, con la muerte de los pianos, que es la mudez. (p.107)

Este viaje del piano a su vez representa la llegada del progreso a Santander: “el piano occidental mensajero de cultura y redención para los pueblos hambrientos y sedientos y desesperados y esclavos” (p.108). Este instrumento no solo traerá música; también cobrará la vida de las personas que tuvieron que soportar su peso en su ascenso por la montaña, hasta llegar a Montebello. La modernidad que él encarna deja un rastro de sangre sobre las piedras.

El viaje de Francisca y Lengerke en coche

De vez en cuando, el cochero lanzaba desde el pescante miradas desesperadas a las tabernas. No comprendía qué furioso deseo de locomoción había acometido a aquella pareja para no querer pararse ni un momento. Cada vez que intentaba hacerlo estallaban inmediatamente exclamaciones de ira detrás de él. Entonces fustigaba con más fuerza a sus jamelgos sudorosos y seguía la marcha, indiferente a los traqueteos y a los baches, desmoralizado, sin importarle nada, y a punto de echarse a llorar a causa de la sed, el cansancio y la tristeza.

Madame Bovary

Hemos salido del encuadre granadino. Ahora un coche deambula por las calles de una Italia floreciente. En él va Lengerke con su amada Francisca —mientras tanto, al otro lado del mundo se desmorona su palacio, y ocurre una guerra tras otra entre liberales y conservadores, gólgotas y draconianos, artesanos y comerciantes...—; los dos enamorados recorren campiñas reverdecidas, catedrales, pomposos jardines, callejuelas atestadas de edificaciones lamentables y de gentes; sin embargo, no han visto nada, siguen ignorantes del espacio en que se mueven:

Los jardines de Villa Borghèse, las casuchas malolientes del Trastévere, las italianas arrogantes, los italianos conmovidos, con la sombra guerrillera a las espaldas. El recorrido a Florencia en el coche, en el cual Geo había resuelto hacer el amor atravesando la campiña italiana, con el resultado de que llegaron al clímax cuando el coche se detenía en un pueblecillo para esperar que incorporaran un carro volteado, y como para ver el campo no habían bajado las cortinillas, habían tenido que terminar su ceremonia ante los ojos asombrados de *signoras* y truhanes, mientras él, enfurecido, golpeaba el techo para que el postillón continuara, y ella trataba de bajar a su sitio los metros de faldas recogidas. (Gómez Valderrama, 1989, p.318)

Francisca recuerda aquel viaje precisamente por lo que dejó de ver: las casas, campiñas y calles quedaron relegadas a un segundo plano por la energía erótica que emanaba del coche, que aumentaba a medida que avanzaban y se iban sumando más calles y ojos curiosos. Contamos con una referencia literaria para aquella escena: el pasaje de *Madame Bovary* en el que Emma se entrega a León, mientras recorren la ciudad de Ruan en un coche. Aquí como allá, se insinúa el acto sexual por la enumeración de lugares y la descripción del paisaje que van dejando atrás. Es

así como, en ambos casos, el *afuera* traduce la intimidad del coche. Otro de los recorridos por Europa que Francisca recuerda es la visita a la catedral de Roma. Allí, de nuevo, ambos personajes son imbuidos por el erotismo:

Al llegar a Milán, -todo el viaje en una Italia intranquila- habían decidido detenerse a descansar. Había dos memorias que embellecían aquel recorrido esplendoroso: la una, en la visita de San Pedro en Roma, cuando subieron a la terraza de la Catedral. [...] Estaban a los pies de un inmenso apóstol alado, gigantesco pájaro de piedra, y por la vasta terraza circulaban oleadas de visitantes. Sin embargo, Lengerke la tomó, le levantó la falda y la poseyó bajo las alas del apóstol San Lucas, bajo el cielo glorioso y ante la ciudad ilustre. Francisca no sabía si les habían visto; lo que sólo recordaba era su temor inicial, y luego el placer inmenso que nada podía detener (p.319)

Con aquel temor de Francisca al comienzo del acto erótico, se cumple una sensibilidad religiosa que “vincula estrechamente el deseo con el pavor, el placer intenso con la angustia” (Bataille, 2000, p.43). Esta experiencia del pecado fue posible al haber trasgredido lo prohibido: profanar un templo sagrado. Aquí también “el amor está ligado a la religión o, más bien, a la Iglesia y a los objetos de culto [...] La seducción está trenzada, según un sistema de vasos comunicantes en que lo erótico se contamina de religiosidad y la religión de erotismo” (Vargas Llosa, 1975, p.33-4). Es así como los dos cuerpos hinchados de deseo terminan erotizando la catedral, y vuelven al apóstol San Lucas otro instrumento de su voluptuosidad. A su vez, aquella estatua alada protege y contamina aquel acto sexual de religiosidad.

Tenemos, entonces, una cartografía de Italia trazada por el erotismo de Lengerke y Francisca, quienes dejaron colar algunas imágenes del paisaje por la ventana del coche. Todos sus desplazamientos por la ciudad dependerán de aquel impulso sexual, y los recuerdos de sus actos desenfrenados serán como aquellas banderitas que marcan las estaciones y los sitios de interés en un itinerario.

El viaje de Leocadia

Ciertamente no estamos hablando de un solo viaje, sino de varios desplazamientos y cambios de residencia ejecutados por un personaje: Leocadia, también llamada la estrella del norte, “salida de los benignos climas de Sogamoso, de la estirpe del sol” (Gómez Valderrama, 1989, p.73). Es una mujer que lleva consigo la marca de la muerte: todo aquel que se enamora de ella intenta suicidarse ante la noticia de su partida. Todos la recuerdan por sus atributos físicos: “Al andar todos la perseguían con los ojos, analizaban expertamente las formas rebosantes en el traje excesivamente ceñido” (p.74). Es su cuerpo, repleto de voluptuosidad, quien habla por ella, y aquella apetencia la hará moverse con denuedo, y la llevará a recorrer diferentes tierras: “pronto el cuerpo empezó a pedirle otra cosa, hasta que lo abandonó y se lanzó a pescar en otros caminos suerte que más le conviniera” (p.74). Es así como su camino se cruza con el de Lengerke y más adelante emprende la caravana para instalarse en los aposentos del alemán. Atraviesan las tierras boyacenses, luego descansan en Soatá y siguen su jornada itinerante por peñascos, montañas, una que otra posada, hasta llegar a Socorro. En aquel recorrido podemos notar cómo Leocadia erotiza el paisaje granadino y las montañas empiezan a adoptar la forma de su cuerpo:

Leocadia se pone en camino. Su séquito de arrieros y peones la lleva hasta Soatá, en un **placentero viaje** a través de las tierras boyacenses de su niñez [...] Al terminar una subida se llega a una sucesión de **lomas como pechos** que se prolongan en el horizonte, cubiertas de un verde tímido y un morado distante con el cual el cielo parece ponerse de acuerdo. O bien hay una sucesión de rocas que descienden hacia el fondo de la hoja del Saravita, o suben hacia el llano Mogotes, o bordean el hoyo de los Pájaros (p.76, énfasis mío)

Toda la naturaleza se pone al servicio de sus apetencias sexuales; junto a los árboles, las piedras, la sed y el hambre del viaje, se suman las “noches deleitosas de coitos interminables” (p.78) con Norténios, uno de los acompañantes de la caravana. Aquella erotización de la tierra la vemos una vez más con la caída del Tequendama: “Leocadia se embelesa contemplando la blancura, los arco-iris, la vegetación mojada, y oyendo –sintiendo en el útero– el estruendo de la cascada que rueda como un espasmo inmenso sobre los montes abiertos” (p.75). En aquel viaje vemos una leve transformación de Leocadia en la manera como es abordado el erotismo. Pero

primero es necesario revisar unos apuntes que Bataille (2000) hace al respecto para comprender aquella transición:

Si el erotismo es la actividad sexual del hombre, es en la medida en que ésta difiere de la sexualidad animal. La actividad sexual de los hombres no es necesariamente erótica. Lo es cada vez que no es rudimentaria, cada vez que no es simplemente animal. (p.33)

Al principio la actividad sexual de Leocadia es más rudimentaria, su erotismo está contaminado de animalidad. Es descrita como una mujer salvaje en su proceder, solo por momentos vuelve sobre sí y se preocupa de su alrededor: “mira hacia la posada y nota que pueden verla, y le murmura que espere; recobrada toda su dignidad, con las faldas de amazona en su puesto, va a tomar la cena en el comedor pintado de flores toscas” (p.77). Luego viene el cambio y aquella amazona empieza a volverse dócil bajo el cuidado del alemán, como si se tratara de una criatura domesticada: “La Estrella seguía siendo una reina pagana, propiedad de Lengerke; en el contacto con el círculo cerrado, iba perdiendo la arisca rudeza” (p.79). Con todo esto, podemos ver cómo en este personaje femenino es condensado el imaginario que se tenía en la Colonia sobre las mujeres de América: unas *femme fatale*, exóticas, bárbaras.

Puerto Infantas

He tenido deseos de suicidarme. Nada me calma, nada me domina. Es peor que el hambre y que la sed. Anoche salí a la playa. La luna se levantaba sobre el mar, y yo grité nombres de mujer. Me revolqué en la arena. Me consumí en el agua. Para terminar igual, igual que siempre. La única voz, las únicas manos son mías. Y la soledad.

El maestro de la soledad, Pedro Gómez Valderrama

Este puerto en medio de la selva, camino hacia Oponcito, surge de la ausencia física del otro sexo. Para los hombres que trabajaban de sol a sol construyendo el camino real, la ausencia de mujeres era una terrible enfermedad “porque una soledad sexual jamás satisfecha puede conducir al espanto” (Montoya, 2004, p.102). Para compensar el sudor y la sangre derramada en la construcción de los caminos, habría que tener la esperanza de enjugar las heridas en manos de una mujer, que se volvía tan indispensable en medio de la espesura de la selva y ante la amenaza

del indio. Tal como le pasa al personaje Robinson Crusoe en el cuento ‘El maestro de la soledad’, “el ansia de piel es peor que la sed y el hambre” (p.102). Los síntomas de aquella enfermedad preocuparon considerablemente a Lengerke, al ver cómo dos de sus hombres, delirantes, empezaron a matarse:

Hablando luego con Strauch, le dijo: –Lo que tienen estos hombres es falta de mujeres. Hay que hacerles un pueblo con putas–. El sitio, era Infantas: se negociaron unas chozas, se construyeron otras, y ante el espanto del padre Filemón, su refugio empezó a crecer con una clientela más que escéptica. El capataz, en un rápido viaje reclutó un grupo de sesenta mujeres, que empezaron a llegar, unas a pie, otras a caballo, trayendo sus baúles, sus jergones amarrados, todas con el vestido reluciente de raso con que alegraban las noches de otros pueblos, a iluminar, en medio de la selva y del río, las noches del camino real. (p.148)

Como si se tratara del pueblo mítico de las Amazonas, en Infantas había también una especie de matriarcado; sin embargo, este no alcanza a consolidarse totalmente ya que el crecimiento y la razón de ser de esta organización de mujeres dependía de su clientela masculina. Sin embargo, en medio de la selva ellas podían actuar con libertad, al ser el alma de aquel pueblo, ningún juicio moral caía sobre ellas: “era frecuente ver a las mujeres andando en sus camisas de noche, o bañándose desnudas en el río” (p.148). Con el tiempo, empezó a florecer una vida mercantil, lo que también hizo posible la subsistencia de aquella empresa burdelesca: “Pronto tuvo una tienda en que se vendía desde lámparas hasta embutidos, medicinas, amuletos, quinina importada, tabaco y licores. Al lado estaba una cantina bautizada ‘Noches del Oponcito’, donde se bebía, se jugaba y se concertaban los tratos del amor” (p.148).

Puerto Infantas se levantaba como una isla artificial donde llegaban los hombres desesperados a salvarse del naufragio selvático. El rumor de aquel lugar paradisíaco llegó a todas partes y la selva comenzó a ser transitada por aquellos que iban en busca del pueblo libertino: “venían mujeres elegantes vestidas de Amazonas, venían músicos, venían caballeros garbosos, cabalgantes en caballos insolentes o mulas poderosas” (p.149). Fue así como las mujeres se volvieron el motor de los caminos, pues sin ellas los hombres no se animaban a penetrar la selva y a vivir sus peligros.

6. CONCLUSIONES

Todos habitamos el espacio de diferentes maneras. Esto fue lo que me recordó y, en parte, me volvió a enseñar *La otra raya del tigre*. Uno es el hombre que se encierra en su casa a reanimar sus guerras internas, y otro es aquel que lucha en nombre de un partido y perece afuera, en el campo de batalla. Se vuelve a sentir miedo presenciando la oscuridad del cobertizo y del sótano de una casa; hay añoranza de libertad en los bosques, como también desespero al sabernos perdidos; mirar de lejos un castillo resalta nuestra pequeñez, pero estando adentro nos engrandece. La relación del ser humano con su entorno, cómo significa el espacio y se apropia de él, fue lo que quise mostrar en estas páginas. Y es de aquella relación donde también surgen las distintas imágenes del territorio granadino.

Gómez Valderrama (1989) describe la Nueva Granada como vitalidad espacial, distribuida en diferentes reinos: “Hay el reino del caimán, el reino del tigre, y los hombres quieren construir en sus ruinas el reino del hombre sobre el hombre, el reino del odio y la injusticia” (p.16). Así también, Santa Fe y los poblados erigidos sobre la topografía andina hacen parte del reino del cóndor. Este paisaje tipificado por las especies que los habitan y, de cierto modo, gobiernan, comienza a enturbiarse con la llegada del progreso, y es el personaje Lengerke quien encarna aquella transición que experimenta el país. Él y sus hombres surcan la selva granadina, le trazan caminos, le dibujan líneas como las de la palma de una mano, le agregan otra raya más al tigre.

Por otro lado, Lengerke —nombre que se repite con la insistencia de un marcapasos— “impone un proceso de penetración que es conquista territorial y erótica a un mismo tiempo” (Ortiz, 2008, p.162). La mujer granadina es una criatura más de la selva, los hombres la acometen con desmesura. No es más que un trofeo, un botín de guerra, un objeto para ser exhibido. Es así como el erotismo también hace parte de aquella conquista de la tierra salvaje. De ahí que personajes como Leocadia, Frascisca y todas las participantes del Puerto Infantas, sumidas en su desbordado erotismo, terminen modelando el paisaje según sus apetencias: mujer y selva se compenetran.

Las cartografías narradas esbozadas en esta novela permiten, por su imparable movilidad, que se vuelvan más visibles las tensiones coloniales que entretejen los espacios del XIX. Aquellos que analizaron con lupa en mano las láminas territoriales también fueron los encargados de horadar el imaginario de la nación, de supeditar al indio, de reducirlo a la condición de salvaje, de bárbaro —todo ello con el beneplácito de las tendencias europeas que lograron calarse en la mentalidades granadinas—. En este sentido, los personajes varían según los imaginarios que compartan. Cada uno es movido por distintos intereses y apartarán de su camino todo aquello que se oponga.

Además de las rutas que trazan estos personajes, de aquellos intereses que los mueven y conducen a diferentes partes; también quise detenerme precisamente en aquello que los inmoviliza, en las masas sedentarias del paisaje que los obligan a echar raíces (Tournier, 2000). Entre los diferentes modos de habitar el espacio, la casa sobresale como la razón más fuerte de estabilidad. Mircea Eliade (1981), en su recorrido por la arquitectura sagrada de las culturas premodernas, analiza la importancia que recae en el acto de instalar una morada:

Instalarse en cualquier parte, construir un pueblo o simplemente una casa, representa una grave decisión, pues la existencia misma del hombre se compromete con ello: se trata, en suma, de crearse su propio «mundo» y de asumir la responsabilidad de mantenerlo y renovarlo. No se cambia de morada con ligereza, porque no es fácil abandonar el propio «mundo» [...] Toda construcción y toda inauguración de una nueva morada equivale en cierto modo a un nuevo comienzo, a una nueva vida. (p.38)

Instalar la casa es, entonces, significar el espacio vital, tener un cable a tierra que le permitirá al morador mezclarse con las cualidades del entorno donde reside. En la novela, Montebello se yergue en el centro del mundo como un templo sagrado, es el ombligo de la tierra conquistada por Lengerke. Allí decide quedarse y allí muere. Es así como el arraigo de los espacios determina, en la mayoría de los casos, la movilidad de los personajes.

La dialéctica espacial de lo abierto y lo cerrado que he venido desarrollando a lo largo de este trabajo, puede resumirse de la siguiente manera: los espacios abiertos albergan indiscriminadamente a los personajes, son puntos de encuentros sucesivos, en sus suelos están

grabadas las huellas de todas las trayectorias a través de los tiempos. Suscitan libertad pero también incontables peligros. En ellos se debate la vida. Son caóticos, incontrolables. A nadie le pertenecen. Son movedizos, sus delimitaciones tiemblan, casi nunca se sabe por dónde empiezan y terminan. Muchos se niegan a ser domesticados por la mano del hombre, tan solo aquellos de origen artificial. En cambio, los espacios cerrados son domésticos, íntimos. Muchos de ellos están amurallados, restringen el paso de las personas. También se destacan por su pronta caducidad, pues no logran soportar el peso de tantas capas temporales: su promedio de vida es equivalente al del personaje que lo habita —tal es el caso de Montebello—. En algunas casas las libertades son simbólicas o adoptan otras formas. El encierro protege, las paredes y el tejado son armaduras. Lo que delimitan los muros tiene un orden establecido, seguro, controlable. Son cosmos en miniatura gobernados por un humano, un pequeño dios. Sin embargo, el *afuera* logra colarse, infiltrarse por los intersticios, rajaduras y huecos.

Finalmente, con este trabajo —que inevitablemente resulta de la lectura de *La otra raya del tigre*— construyo mi propia cartografía de la Nueva Granada. Al igual que Gómez Valderrama yo, lectora-crítica, también presencié el entierro de Lengerke, vi cómo “el abuelo y la abuela seguían el cortejo. Vi cómo el cura párroco hizo cerrar las puertas de la iglesia...” (p.350). También vi cómo el paisaje fue recortado, maleado, engrandecido, apropiado. Reviví los imaginarios que hilaron la Nueva Granada, reviví las muertes que dejaron las huestes liberales: muertes sopesadas con las riñas de cantina, las flechas y la matanza enfebrecida de la quina. Reviví el asombro de las magnánimas tierras americanas, como también su desengaño. No solo sentí la emoción del abuelo al escuchar el traqueteo de la locomotora sobre los rieles; sino que también me llené de espanto con los hombres que acabaron aplastados por la máquina del progreso. Ahora no me queda sino invitarlos a ustedes, lectores, a que vayan más allá de la grávida materia de las cosas y se sorprendan con todo lo que pueden revelar los lugares; y tracen, a su modo, los puntos de aquella cartografía narrada que fluctúa en el espacio novelesco de *La otra raya del tigre*.

7. ANEXOS

Cronología⁵²

1799: Llegada de Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland a América.

1801: Encuentro de Humboldt y José Celestino Mutis en Santa Fé de Bogotá.

1830: Comienzo de la República de la Nueva Granada

1831: Fallece el padre de Geo von Lengerke

1845: Ascensión en globo del aeronauta argentino José Antonio Flórez sobre los tejados de Santa fe de Bogotá.

1847: Espectáculo circense en la plaza pública de Bolívar: el peruano don Florentino Izáziga asciende por la torre de la catedral junto con el indio mexicano Chinchiliano. Los curiosos pagaban un real de plata de cruz.

1850: Bajo el gobierno de José Hilario López se inicia la Comisión Corográfica liderada por el ingeniero militar Agustín Codazzi. En este proyecto también participa Manuel Ancízar.

1852:

- Llegada de Lengerke a Santa Marta, ciudad portuaria de la Nueva Granada
- Son declarados libres los esclavos el 1 de enero de 1852.

1853:

- Es elegido presidente el militar José María Obando.
- Lorenzo M. Lleras abre la compañía teatral en Bogotá compuesta por nacionales. Se presenta la obra “Pascual Bruno” de Leopoldo Arias Vargas.
- Auge de las importaciones de tabaco colombiano en Bremen
- Lengerke instala la casa de comercio en Bucaramanga

1854: el 17 de abril el general José María Melo encabezó un golpe de Estado contra el presidente José María Obando y sus políticas de descentralización

⁵² En esta cronología tomé como guía las fechas que proporcionan en sus estudios los siguientes autores: David Church Johnson (1984), Edna Carolina Sastoque (2011), y José María Cordovez Moure (2006). Los hechos recopilados (la mayoría de ellos abordados en la novela) intervinieron profusamente en Geo von Lengerke en su paso por la Nueva Granada.

1856:

- Manuel Murillo Toro se lanza a la candidatura de la presidencia en representación de los liberales. Sin embargo, el conservador Mariano Ospina gana las elecciones presidenciales. Fueron las únicas elecciones presidenciales del XIX donde hubo sufragio universal masculino.
- Hay un aumento en la industria del tabaco y una mejora en la agricultura en general.

1857:

- Se conforma el Estado Soberano de Santander
- Llegada del piano de Lengerke
- El 11 de noviembre la Asamblea Constituyente decretó la Constitución del Estado de Santander. El primer artículo declaraba que el Estado de Santander estaba formado por los hombres de cualquier nacionalidad con la expresión de *todo aquel que pisara su territorio*.
- Bucaramanga se convierte en la nueva capital del Estado soberano de Santander.

1857-1858: Crisis económica. Disminuyen las exportaciones de tabaco en un 50% debido a la baja calidad del producto.

1858:

- Fin de la República de la Nueva Granada (1830-1858).
- Inicio de la Confederación Granadina (1858-1863). Mariano Ospina Rodríguez es elegido presidente (1858-1861).
- Sale la ley del 5 de octubre: las carreteras públicas no serán financiadas por el estado. Nadie se encontraba en condiciones de asumir los costos de estas vías públicas. Muchos proyectos quedaron abandonados.
- Se aprueba la ley de impuestos el 2 de enero: “todas las personas y corporaciones que poseyeran una porción de la riqueza de Santander debían pagar el impuesto correspondiente en su distrito de residencia” (Jonhson, 1984, p 88)

1859:

- Interrupción de la Comisión Corográfica debido a la muerte de Agustín Codazzi.

- Se hace una reforma al artículo 1 de la Constitución del Estado de Santander: ahora ya no son declarados santandereanos *todo* aquel que pise suelo santandereano. La expresión *todos los hombres* es reemplazada por *todos los granadinos*.

1860: Fraude en las elecciones de Bucaramanga. Muere a mano de conservadores el negro cimarrón Lorenzo Castillo, presunto autor del fraude.

1860-1861: Guerra Civil Neogranadina. Durante los años de guerra no se hizo nada en Santander debido a las continuas batallas.

1862: Victoria de los liberales.

1863:

- Inicio de los Estados unidos de Colombia (1863-1886), también llamado el Olimpo radical, por ser el gobierno de los liberales.
- En diciembre de 1863 le son concedidas a Lengerle 12.000 hectáreas baldías en los distritos de Zapatoca y Betulia.

1864:

- El candidato liberal Manuel Murillo Toro es elegido presidente de la nación (1864-1866)
- Los artesanos fundan la sociedad democrática La Culebra de Pico de Oro. Reaccionaron en contra del sistema económico librecambista que, como artesanos, los desfavorecía, y querían acabar con el monopolio de los alemanes comerciantes y las élites acaudaladas del Club de Soto
- Murillo abandona su posición en defensa del *laissez-faire*. Ahora apoyaba un papel activo del gobierno para la construcción de las vías, pues eran símbolo de progreso.
- “Santander hizo cumplir la ley y rompió el contrato con Geo von Lengerke para la construcción del camino de herradura desde Girón hasta La Ceiba, cuando aquel no pudo cumplir con la fecha límite estipulada” (Johnson, 1984, p.203)

1866: Los prisioneros empiezan a trabajar en la construcción de las carreteras por orden del gobierno.

1867: Se aprueba el proyecto para la construcción del puente entre Guane y Zapatoca. Más tarde Lengerke se suma a la construcción de este puente. Hay actividad bélica.

1870: Hubo un creciente interés por la construcción de las vías férreas, dejando olvidadas las carreteras.

1872:

- Manuel Murillo Toro vuelve a ganar las elecciones presidenciales
- Inauguración del puente del diablo (Guane-Zapatoca)

1874: Se inicia la explotación de la quina en Santander liderada por las casas comerciales de Pablo G. Lorent, Ernesto Cortissoz y Geo von Lengerke.

1877-1878: El café se vuelve el principal producto de agroexportación

1878: Colapso del mercado alemán (Bremen). Como consecuencia, caen los mercados potenciales de Colombia.

1879: Rebelión de los artesanos de Pico de Oro en Bucaramanga. Es asesinado Obdulio Estévez, comandante conservador y comerciante bumangués, el 7 de septiembre. El comerciante José María Valenzuela asesina a Cecilio Sánchez el 8 de septiembre en las exequias de Obdulio Estévez. Se desata una trifulca, teniendo como consecuencia el saqueo de todas las casas comerciales por parte del pueblo.

1880: Muere Manuel Murillo Toro el 26 de diciembre.

1881: Se acentúa la crisis económica: hay una epidemia de viruela, plaga de langostas, y sube el precio de los alimentos.

1882: Muere Geo von Lengerke en Zapatoca.

1885: Fin del gobierno liberal.

8. REFERENCIAS

- Agudelo, Pedro Antonio (2012). “Entre realidad y ficción. La écfrasis literaria en ‘El engañoso cuadro’ de Pedro Gómez Valderrama. *Revista Co-herencia* Vol.9 No. 17 junio-diciembre pp.71-93. Medellín: Universidad EAFIT.
- Aínsa, Fernando (2002). *Espacios del imaginario latinoamericano. Propuestas de geopoética*. La Habana: Editorial Arte y Literatura. 228 pp.
- Alstrum, James J (agosto, 2011). Historia y ficción en La otra raya del tigre de Pedro Gómez Valderrama. *Narrar Colombia: Colombia narrada*. Ponencia llevada a cabo en el XVII Congreso de la Asociación de Colombianistas. Bucaramanga, Colombia. Recuperado de: http://www.colombianistas.org/portals/0/congresos/documentos/congresoxxvii/alstrum_james_j.pdf
- Anderson, Benedict (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Trad. de Eduardo L. Suárez. México: FCE.
- Ancízar, Manuel (1970). *Peregrinación de Alpha*. Prólogo José María Samper. Bogotá: Biblioteca Banco Popular.
- Aristizábal, Alonso (1992). *Pedro Gómez Valderrama*. Bogotá: Procultura.
- Bachelard, Gaston (1997). *La poética del espacio*. Trad. de Ernestina de Champourcin. México: F.C.E. 281 pp.
- Barthes, Roland (1997). *Sade, Fourier, Loyola*. Trad. de Alicia Martorell. Madrid: Cátedra.
- Bataille, Georges (2000). *El erotismo*. “Lo prohibido y la trasgresión”. Trad de Antoni Vicens y Marie Paule Sarazin. Tusquets Editores: Barcelona.

- Bustillo, Carmen (2000). “De lo real, lo imaginario y lo ficcional” *Apuntes filosóficos* no. 17 pp.149-163. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Caballero, Johnattan (2013). “El tigre no es como lo pintan: una lectura cuestionable de Geo von Lengerke de Pedro Gómez Valderrama”. Pp.77-108 en *Tres escritores santandereanos: ensayos*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander.
- Certeau, Michel de (2000). “Prácticas del espacio” en *La invención de lo cotidiano*. Trad. de Alejandro Pescador. México, D.F: Universidad Iberoamericana.
- Cordovez, José María (2006). Serie I “espectáculos públicos” (p. 54-75) en *Reminiscencias de Santa fe y Bogotá*. Bogotá: Fundación Editorial Epígrafe.
- Donoso, José (1999). *El obsceno pájaro de la noche*. Madrid: Grupo Santillana de Ediciones.
- Eliade, Mircea (1981) “el espacio sagrado y la sacralización del mundo”. *Lo sagrado y lo profano*. Trad. de Luis Gil. España: Punto Omega.
- Fernández, Beatriz (1989). “El mito del buen salvaje y su repercusión en el gobierno de Indias”. *Agora*, 8. p.145-150. Universidad de Santiago de Compostela. Recuperado de: https://dspace.usc.es/bitstream/10347/962/1/pg_147-152_agora8.pdf
- Giraldo, Efrén (2013). “Cuadros vivientes: la interpretación de la imagen artística como realidad presente en los cuentos de Pedro Gómez Valderrama” en *Literatura: teoría, historia, crítica* Vol. 15, no.1 enero-junio pp.113-140. Bogotá: Universidad Nacional.
- Gómez Valderrama, Pedro (1989). *La otra raya del tigre*. Bogotá: Círculo de Lectores. 352 pp.
- _____ (1996). *Cuentos completos*. Bogotá: Alfaguara. 400 pp.
- _____ (1995). *Antología de Pedro Gómez Valderrama. Poesía y prosa*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.

- _____ (1972). “Los papeles de la academia utópica” p.8-37 en *ECO*, Vol. 25-1, No.145. Buchholz, Bogotá.
- González, Angélica (2011). “La literatura de viajes en Colombia. Una aproximación al género a través de dos libros de viaje a principios del siglo veinte: *Viaje a pie* de Fernando González y *4 años a bordo de mí mismo* de Eduardo Zalamea” en *Cuadernos de literatura* n.29 (ener-jun). pp 80-94. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana
- Grützmacher, Lukasz (2006). “Las trampas del concepto ‘la nueva novela histórica’ y de la retórica de la historia postoficial” en *Acta poética* 27 (1) (primavera). pp.141-164
- Gutiérrez Girardot, Rafael (1977). “Sobre el modernismo” Universidad de Bonn. pp.266-292.
- Henaó Restrepo, Darío (1999). “Gómez Valderrama o la utopía liberal” en *Estudios de literatura Colombiana*. No. 5 julio-diciembre.
- Humboldt, Alexander (1982). *Alexander von Humboldt en Colombia. Extractos de sus diarios*. Bogotá: Publicismo y Ediciones. Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. 142 pp.
- Iriarte, Helana (1978). “‘La otra raya del tigre’, de Pedro Gómez Valderrama”. *Cuadernos de filosofía y letras*. Vol. 1, no. 2 (agosto de 1978). p. 33-60. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Johnson, David Church (1984). *Santander siglo XIX. Cambios socioeconómicos*. Trad. de Margarita de Lleras, 1ª ed. en español. Carlos Valencia Editores: Bogotá.
- Martínez, Serafín (1985). “Entre el erotismo y la conjetura de la historia. Un análisis de *la otra raya del tigre* y *la nave de los locos*”. *Nueva Frontera* (octubre 21).
- Mignolo, Walter (2009). “El lado más oscuro del Renacimiento”. Trad. de Martha Cecilia García V. En *Universitas humanística* no.67 (ener-jun. 2009), p.147-164. Bogotá.

- _____ (2007). *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*. Trad. Silvia Jawerbaum y Julieta Barba. Editorial Gedisa, S.A., Barcelona.
- Molinari, Diego Luis (1941). *El nuevo nacimiento del nuevo mundo. 1492-1534 Historia y Cartografía*. Editorial Kapelusz & Cía, Buenos Aires.
- Montoya, Vladimir (2007). “El mapa de lo invisible. Silencios y gramática del poder en la cartografía” En *Universitas Humanística* Vol. 32, no. 63 (ene.-jul. 2007), p. 155-179.
Recuperado de: http://www.javeriana.edu.co/Facultades/C_Sociales/universitas/documents/montoya.pdf
- Montoya Campuzano, Pablo (2006). “Variaciones en torno a Pedro Gómez Valderrama”. *INTI, Revista de literatura hispánica*. No. 63-64. pp.155-170.
- _____ (2004). “Las utopías de Pedro Gómez Valderrama” pp.99-102 en *Estudios de literatura Colombiana* no.15, Medellín, julio-diciembre.
- Múnera, Alfonso (2005). *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano*. Bogotá: Editorial Planeta.
- Nieto, Mauricio (2010a). *Ensamblando la nación: cartografía y política en la historia de Colombia/* Mauricio Nieto, Sebastián Díaz y Santiago Muñoz. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- _____ (2010b). *Americanismo y Eurocentrismo. Alexander von Humboldt y su paso por el Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: Universidad de los Andes, Ediciones Uniandes. 118 pp.
- _____ (2008). *Historia natural y política: conocimientos y representaciones de la naturaleza americana*. Curaduría de Mauricio Nieto Olarte. Bogotá: Biblioteca Luis Ángel Arango, Universidad de los Andes, Universidad EAFIT. 96 pp.
- Nucera, Domenico (2002). “Los viajes y la literatura” en *Introducción a la literatura comparada*. Coord. de Armando Gnisci. Barcelona: Editorial Crítica. pp.241-290

Ortiz, Álvaro Pablo (2008). *Geo von Lengerke: constructor de caminos*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander.

Pratt, Mary Louise (2010). *Ojos imperiales: literatura de viajes y transculturación*. Trad. Ofelia Castillo. México: Fondo de Cultura Económica.

Ribeyro, Julio Ramón (2006). “Los cautivos” En *Nada que hacer, monsieur Baruch y otros relatos*. p.121-131. Espasa: Madrid.

Sade, Marqués de (2000). “Filosofía en el tocador” En *Cuentos, historietas y fábulas*. Trad. de Beatriz Vitar. España: Edimat. pp. 290-435.

Sastoque, Edna Carolina (2011). Tabaco, quina y añil en el siglo XIX: Bonanzas efímeras (1 de feb. 2007). *Banco de la República*. Recuperado de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/marzo2011/tabaco-quina-anil-siglo-xix>

Tournier, Michel (2000). “El árbol y el camino” *El espejo de la ideas*. Trad. de L. M. Todó. Barcelona: Acantilado. pp.85-87

Uribe Hanabergh, Verónica (septiembre, 2014). Tarabitas y cabuyas: la representación del puente en el arte colombiano del siglo XIX. *Dibujar y pintar el mundo: Arte, cartografía y política*. Ponencia llevada a cabo en el V Simposio ibero-americano de historia de la cartografía. Universidad de los Andes. Bogotá, Colombia.

Vargas Llosa, Mario (1975). *La orgía perpetua. Flaubert y ‘Madame Bovary’*. Editorial Seix Barral: Barcelona.

Volkening, Ernesto (1977). “Geo von Lengerke o la anarquía tropical sobre una novela de Pedro Gómez Valderrama”. *Eco*. no. 189, (julio de 1977) P. 308-326. Bogotá.